La Ilustración Artística

Año IX — Barcelona 15 de diciembre de 1890 — Núm 468

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

Pocas tierras hay en el mundo tan hermosas como las que unen Europa y Asia por el Bósforo tracio, por el antiguo Helesponto. Para nosotros los occidentales, allí brilla con todo su esplendor el Oriente. Y la cuna del sol, como las primeras flores, como las primeras alboradas, como el amanecer de la esperanza en el pecho, como el latido fuerte de la sangre juvenil por las venas, como todo lo que significa presentimiento y es profecía, nos atrae y nos cautiva, teniendo parte principal en la común levadura estética guardada por todos los mortales dentro de su mente, la cual se mezcla con todos los afectos y con todos los sentimientos de nuestra múltiple vida. Cuando se dice Oriente, oriental, parece decirse fábula de riqueza incalculable, centro de resplandor indecible, comienzo de la humanidad, alba de la historia, país de cuentos fantásticos donde los palacios de oro sembrados por brillante pedrería elevan á las alturas, sembradas de estrellas, cristalinos surtidores de azogues que

BELLAS ARTES



UNA DESGRACIA, cuadro de D. José Jiménez Aranda

(Premiado con medalla de primera clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid.)

vuelven á caer sobre tazas de perlas, entre cadencias de músicas invisibles exhaladas misteriosamente por las paredes y coros de huríes, componiendo el harén de donde baja á nuestra zozobrosa y triste vida, en raudales copiosos, el primitivo manantial de todos los placeres. Para que parezca todavía más hermoso á las miradas y á las ideas nuestras el Oriente, ha colocado allí la naturaleza uno de los lugares cantados por la poesía humana y queridos por el sentimiento universal, aquella cinta del Bósforo de Tracia, donde comienza el cielo asiático; y las ondas azules, por riberas de cármenes ceñidas y estrechadas, mueren al pie de las colinas, cubiertas por los terebintos y por las palmas, embalsamadas por las rosas y por los jazmines, en que las velas blancas de las naves obscuras se mezclan con los aleteos de los pájaros orientales y los gritos de las gaviotas con los arpegios de los ruiseñores, y mientras cerca se ven edificios coronados de diademas aéreas que diríais soñadas, descúbrense á lo lejos las cumbres ceñidas de nieves y ornadas con todas las reverberaciones del sol, cumbres tan hermosas á la vista por sus cortes increíbles, como al pensamiento por haber de allí descendido las musas de todos los poetas y los dioses de todos los templos. Además, desde las edades antiguas, desde los siglos inmemoriales, desde las épocas aquellas que frisan con la prehistoria y con la fábula, el Bósforo ha representado como la encrucijada misteriosa, en cuyas intersecciones tropiezan los representantes de todas las razas y se cruzan Europa y Asia y África en brillante y poderoso núcleo. Los griegos del Asia Menor, coronados por sus gorros frigios y tañendo sus sonoras cítaras; los lidios y los frigios, acompañados por sus divinidades ebrias y ejercitadísimos en sus cultos sensuales; el mercader fenicio, que trae púrpura de Tiro y oro de Ofir; el Patriarca de Israel, meditabundo y calculador, que sabe mezclar á las ideas más sublimes los cálculos mas prácticos y útiles; el egipcio, que parece, según sus rituales vestiduras, un ídolo andando; el arquero de las mesetas centrales asiáticas, unido á su caballo cual si formase parte de su cuerpo; los árabes y los nubios del desierto, que despiden miradas semejantes al centelleo de los ojos del tigre y del león; los sátrapas de Babilonia y de Nínive, cargados con las riquezas que han recogido en sus batallas y conquistas; los mismos indios cazados en aquellos ojeos de pueblos que intentaban y emprendían Cambises ó Ciro; todos estos representantes de las diversas regiones antiguas han pasado por allí en procesión misteriosa, ya como argonautas en pos del áureo vellocino, ya como irruptores en pos del humano imperio. ¡Cuánto y cuánto mágico poder no tendrían en mundo tan estético, cual siempre lo fuera el viejo mundo, estos bellísimos territorios á los que podríamos llamar propíleos del Asia! Hoy es, hoy, en que la razón pura se ha sobrepuesto por todos los caminos del pensamiento a la vieja fantasía; hoy es, y no podemos nombrar el Bósforo, Constantinopla, Tracia, sin que veamos los caíques flotando sobre las aguas al son de los laúdes, las mimosas abriendo sus corolas y derramando sus esencias en las colinas ornadas por jardines sin cuento, los kioscos de color lila irguiéndose airosos junto á los alminares de marmol blanco y rosa, el softá vestido de sedas y el muecín cantando las oraciones monótonas del desierto inmenso, la mezquita junto á la cual se cimbrean las palmas con los cipreses y huelen jazmines y rosales, las celosías de oro, la pajarera canora, el harén misterioso donde la sultana se tiende sobre los cojines de Persia, junto á los surtidores de aromadas aguas, para ver cómo vuelan, bajo los techos de cedros incrustrados en marfiles, todos los ensueños, y para oir, mezclados con el latido de las ondas y con el aleteo de las brisas, los ecos de las voluptuosas sinfonías y los acentos de las palabras ardientes, de los suspiros enamorados, de los besos resonantes. Ese lado más estrecho del Bósforo, en que Asia y Europa tanto se acercan, guarda en sus históricos espacios aquellos amores de Leandro y Hero, cantados por Ovidio en sus Heroidas y por Virgilio en sus Geórgicas, donde se ven morir los dos jóvenes: él, Leandro, por haber querido atravesar á nado, como tantas otras veces, una noche de tempestad el Bósforo, ahogándose allí en sus ondas; mientras ella, Hero, no queriendo vivir sin su amante, por haberse precipitado á las ondas amarguísimas, al ver cómo éstas en sus remolinos le llevaban á los brazos únicamente un yerto cadáver, en cuyas ateridas venas jamás renacería su vivificante y divino amor. El pueblo de la hermosa Hero se llamaba Sextos, y Abydos el pueblo de Leandro. Enemigos entre sí estos dos pueblos, como los Capulettis y los Montechis en Verona, causaron la muerte de Leandro y Hero, quienes debían verse á hurtadillas por las noches, en dulces entrevistas alcanzadas á nado, las cuales interrumpieron el náufrago y la muerte. Por tal modo se halla en semejantes regiones viva tan hermosa leyenda, que Byron pasó un día el Helesponto nadando, para demostrar cómo había podido Leandro pasarlo todas las noches y hasta la tristísima en que perdió el aliento y se ahogó en la tormenta. Pues adivinad qué se le ocurriera para este sitio á la industria de nuestros días, adivinadlo. Colocar allí un puente. ¡Adiós para siempre, adiós, poesía!

II

Y todo esto lo creo tanto más triste cuanto que la poesía desaparece hasta de las letras en el pícaro mundo moderno. Uno de los escritores más leídos indudablemente hoy, Edmundo Goncourt, ha publicado un tomo de sus Memorias, que comprende período tan triste como el doblemente horrible de la guerra civil y de la irrupción exterior; tomo escrito casi á diario bajo las bombas del germano invasor y entre los tiroteos del comunero anarquista. Si hay algo apocalíptico en el mundo es una catástrofe así, de tan épicas proporciones y de tan colosal magnitud como los dos sitios á París puestos por las guerras extranjera y civil. Una patria invadida se parece á una madre muerta. Pero así como nada podemos hacer por un cadáver frío mas que llorarlo; por una patria podemos hacer mucho, aunque parezca un cadáver. Yo he buscado lo que Goncourt intentara por su Francia en trance tan amargo como la invasión última, y no he podido extraerlo de su propio relato. Parece no solamente ajeno el escritor á la Nación, parece ajeno á la Humanidad. ¡Cuál triste olvido en aquellas páginas del hombre, sacrificado por una y otra parte á los furores de la guerra, y cuánta solicitud por la piedra caída, por el árbol desarraigado, por el último de los animales muerto á las terribles exigencias de un bárbaro asedio. Luego se da una increíble traza Goncourt en el arte de disminuir los grandes sucesos... Todo lo achica, todo. Ante la inteligencia de tan objetivo escritor se reducen á miniaturas los objetos. Su criterio se asemeja mucho á esa especie de relojillos que podéis llevar como un duro en cualquier faltriquera y que sirven á conseguir las fotografías instantáneas y los retratos al minuto. Sucesos como los de la última guerra franco-prusiana tienen otra importancia que los propios de una historia puramente recreativa. Necesítase para describirlos pluma como la de Isaías y para pintarlos paleta como la de Miguel Angel. Se parecen á la caída de Tiro, á la toma de Jerusalén, al incendio de Pompeya y Herculano, al suicidio de Sagunto y Numancia. Goncourt alguna vez llora por los objetos, nunca por las personas. Cuando la coyuntura siniestra del trágico momento, en que la última escena del terrible desastre llega y Francia cae á los pies del vencedor, solamente se le ocurre cambiar de patria. Entre nosotros todo esto parece incomprensible. A medida que más rotos estábamos, respondíamos al invasor con gobiernos como el de Cádiz, con discursos como los de Argüelles, con odas como las de Quintana, con batallas como las de Bailén, con sitios como los de Gerona y Zaragoza.

Dadme la lanza; ceñidme el casco fiero, refulgente,
Y el que niegue su pecho á la esperanza
Hunda en el polvo la cobarde frente.

III

Más triste que la Historia del sitio de París por Goncourt, un libro de vivas elegías, me parece la Historia de Tartarín por Daudet, un libro de verdadera jácara y jolgorio. Aquel Tartarín, fantaseador y embustero, que miente sin deliberación y sin conciencia, reduciendo á broma la vida y disparatando por hacer gracia, muere ahora en este último volumen de su Historia; y no hay cosa tan triste como la muerte de los seres alegres. Guarda un cuadro verdaderamente trágico la escuela contemporánea francesa, que pinta la muerte de cierto máscara borracho tras un duelo á pistola. Aquel cadáver vestido bizarramente de arlequín y desangrado por las heridas que abriera en su pecho el honor, produce trágicos escalofríos causados á la fuerza de los contrastes. Nada tan sobrio en el *Quijote* como la maravillosa relación del último trance de su ridiculizado protagonista. Nuestro inmortal Cervantes baja la voz en aquella triste alcoba del moribundo y cuelga casi la elocuente pluma para que sólo hablen los hechos mismos con su muda elocuencia. Y lloraríais mucho, muchísimo, tanto cuanto habéis reído en toda la divertida historia. Mariano Fernández consiguió morir en su teatro casi. La tarde que más hizo reir á los muchachos, era la tarde precedente á su postrimer agonía. El contraste vivo entre la comedia y la mortaja, creedlo, aumentó la grandeza del actor y la ternura de todos los que le lloramos muerto después de haberle reído tanto las gracias en vida. Yo nunca le perdoné á Daudet que, siendo meridional de abolengo, coadyuvase á la mala idea de las gentes del Norte respecto de las gentes del Mediodía en todas las naciones. El prusiano en Alemania se ríe de los bávaros; el piamontés en Italia, de los napolitanos; el cántabro en España, de los andaluces; los grandes rusos en Rusia, de los pequeños rusos; el suizo de Zurich, del suizo de Lugano; incapaces de perdonar todos á una los contrastes y oposiciones con sus temperamentos respectivos. ¿Debemos contribuir nosotros á los malos juicios y á las malas querencias del rival inevitable? Yo creo que al hacer á los demás Daudet reir de los suyos, ha cometido una falta imperdonable ante todos los humanos respetos: burlarse de sí mismo. Pero al fin, como Tartarín muere, Tartarín aparece muy sublimado por la maga que trueca las cenizas en estrellas, por la muerte. Ya veis cómo no todo es fiesta para el riente lazaroni de Nápoles, para el naranjero de Valencia, para el cantaor de Sevilla. También lloran ellos cuando pespuntean sobre sus guitarras las tristezas del amor infinito en la melancólica serenata, y también hacen llorar, y llorar mucho, á los ojos amados, cuando se mueren. Bajo su aparente ligereza, cuál dolor hay en las complexiones meridionales, y bajo sus ruidosas alegorías cuántas y cuán profundas penas. Tartarín, el de Tarascón, muere; y al morir deja tras de sí una tristeza en la muerte que podría creerse nada compatible con su vida. Yo nunca oí llorar en el Norte como se llora en el Mediodía. Volvamos por nuestra gravedad.

IV

Un drama ó novela de la vida real interesa hoy á Europa más que todos cuantos puedan escribir los autores contemporáneos, inclusos los más leídos y escuchados, como Echegaray, Sardou, Zola, Daudet, Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán. Me refiero á los amores de Parnell. Pocos hombres han alcanzado en las respectivas naciones cultas para sí progresos como los conseguidos por el jefe de la ilustre Irlanda para el derecho y la libertad de los suyos. Desde la poesía en que O'Conell y la revolución en que Davitt confinaran la causa irlandesa, manteniéndola dentro de idealismos incompatibles con las vivientes realidades políticas, Parnell la bajó por medio de su altísima ciencia y de su consumada experiencia en pocos años al terreno donde hoy prospera y crece, al terreno de la protectora legalidad, mezclándola en la dosis precisa con los partidos ingleses. Dotado, como todos cuantos tienen una finalidad superior, de aptitudes extraordinarias, concentrábase dentro de sí con profunda concentración; y sin parar mientes ni en las amenazas de los poderosos ingleses ni en los recelos de los propios correligionarios, cumplía sus fines políticos y sociales con la fuerza y con la lógica con que pudiera cumplirlos un héroe de los antiguos tiempos conducido por la fatalidad. En tan titánico empeño, en el trabajo férreo de separar al tronco anglo-sajón la nacionalidad celta, junta con él por la conquista y la violencia, constituyéndola, en virtud de pactos progresivos y bajo la corona imperial, aparte, Parnell encontró resistencias dobles en el patriotismo inglés y en el patriotismo nacional. Este, muy exagerado, pecó un día con los asesinatos de Fenix Park en tales términos, que puso á su personificador más glorioso en trance de retirarse á la vida privada; y aquél, con su egoísmo, le tendió un proceso dirigido á ennegrecerlo para siempre y á presentarlo como un vulgar asesino, hoy ante la opinión, y ante la historia mañana. Por un milagro superó Parnell todas estas dificultades é inscribió en las banderas del partido radical inglés la posible autonomía de su madre Irlanda. Un suicidio de su calumniador Pigott en posada célebre de Madrid puso como el ampo de la nieve su calumniada honra, y una serie de felices campañas electorales en Inglaterra le aseguraron la disputada victoria. Todo iba para él como una seda, cuando entra el amor en su vida y la perturba por completo. Parnell encuentra un día que la media naranja suya, la mujer con quien hubiera pasado la vida felizmente, se hallaba por matrimonio en poder de cierto capitán, muy su partidario, y la capta, persuadiéndola con sus habituales y congénitas seducciones á creerse destinada por la Naturaleza en sus designios al rey popular de la verde y poética Erin. Lo cierto es que político y capitán y capitana vivieron bajo el mismo techo, sin otra precaución que un pabelloncito aparte, destinado en apariencias al huésped y en realidad puesto allí como silenciosa explicación á la extraña vida en común de seres tan dispares. Algunas veces los escándalos de aquella extraña familia trascendieron fuera y lejos, sobre todo cuando Parnell quiso premiar la conformidad y paciencia de su cofrade y correligionario, el sufrido esposo, con una plaza en el Parlamento inglés. La obtuvo al cabo éste por imposibilidad en los irlandeses de negar á su rey electivo cosa ninguna. Mas las murmuraciones, provocadas por tal hecho, se difundieron por los ánimos con epidémica facilidad. Y en ellas hundió sus garras el egoísmo tory, muy resuelto á la perdición de Parnell para destrozarlo y concluirlo. Quienes habían buscado un falsificador escandaloso para perder al enemigo en su vida pública, mejor apelarían á un marido vejado para perderlo en su vida privada. Acordábanse de cómo Dilke, segundo jefe de los radicales, político formidable, tanto por su pluma como por su palabra, se había en aventura de amor tristemente perdido, y se propusieron ahogar de modo igual á Parnell. No sabemos qué argumentos emplearían los potentados torys; mas arrastraron al capitán á la publicación de su deshonra en los tribunales, donde quedó Parnell convicto de adulterio. El escándalo ha sido enorme. Sabemos todos por el conocimiento de la vida humana y de sus irremediables tristezas y de sus irredimibles censos naturales que sigue á la vida política la negra calumnia. Y ¡si la persigue sin razón, imaginaos qué hará cuando reciba una sentencia de tribunal competente que condena un repúblico de combate, sujeto por su alteza y por su influjo al odio de tantos y tantos poderosos. Parnell ha perdido por fuerza una parte de la estimación que antes tuviera en su propio pueblo. Así es que la escuela wigh inglesa, representada por hombre tan excelso como Gladstone, ha tenido que rogarle retire su nombre de la causa céltica y lo esconda en el recato y en el silencio de su hogar. A tal insinuación Parnell se ha erguido y contestádole, no como al correligionario de los últimos tiempos, pues en las mismas ideas estaban unidos para salvar y redimir Irlanda, como al implacable viejo enemigo de su patria, como á inglés cualquiera de los muchos que miran por encima del hombro al celta; no como á quien abolió la Iglesia luterana en aquel pueblo católico y llevó á su feudal propiedad remedios oportunos y eficaces en leyes agrarias inolvidables. Ved la fábula del rapto de la hermosísima Elena reproduciéndose á través de los tiempos en la historia universal. Una esposa de monarca espartano perdió á Troya en las edades prehistóricas; y hoy en esta edad prosaica pierde á Irlanda la bella esposa de un obscuro capitán irlandés. *Sic fata voluere.*

V

De los dramas vivos pasémonos á los dramas literarios, y pongamos en su punto los dos representados en el Teatro Español últimamente, debidos á plumas tan bien cortadas como las de Bremón y Dicenta. Los dos escritores han puesto en sus sendas composiciones personajes y asuntos muy peligrosos para el teatro. Un poeta lírico puede gozar de cuanta libertad le guste, con tal que no arrostre por medio de públicas lecturas la presencia de auditorio numeroso; un poeta dramático, lo mismo que un gran orador, necesita de su público ante todo y por todo. Así, exígele su oficio mucha circunspección para no tropezar con dificultades crasísimas en supersticiones que, sumadas dentro de un teatro, se imponen á todos con soberana imposición y desconciertan el mejor y más bien escrito drama. Pocos escritores en España con el equilibrio de facultades que distingue al sesudo y correctísimo Bremón. Su lenguaje apropiado al asunto, su juicio clarísimo, su variedad y riqueza de conocimientos, sus múltiples aptitudes le colocan de consuno entre nuestros más estimados escritores. Así, un drama suyo con seguridad ofrecía dos cualidades eximias: excelente factura y literario estilo. Pero autor de tanta conciencia y reflexión, que amolda el estilo al asunto con maestría, ¿cómo no amoldó la materia dramática de su composición al gusto general? La expulsión de los judíos interesa en pueblos exaltados por la fiebre anti-semita, un mal de nuestro tiempo. Allí, donde unos están por los respetos á la conciencia y otros en contra de tales respetos, ni más ni menos que si aún corrieran los siglos de la Edad Media, no hay nada que decir; la cuestión judía interesa por igual á los perseguidos, á los perseguidores y á los partidarios de las humanas libertades, revestido así el asunto de caracteres políticos, religiosos, en una palabra sociales, por lo que mucho se prestan á un drama, en el cual debe hallar cada uno de los espectadores algo de sí mismo para con facilidad absorberse y abismarse como cuando asiste á incidencias que ha presenciado en torno suyo y que ha sufrido en su propia vida. Pero la *Expulsión de los Judíos* en pueblo donde la intolerancia secular no ha dejado que brote secta ninguna, y cuya reciente libertad sólo da en la práctica el que los librepensadores produzcan libros ó semanarios nada leídos y en algún cuarto bajo haya lecturas de Biblia muy poco seguidas y coros de salmos por raras personas oídos, francamente no podrá mover el interés público un drama sobre tal asunto compuesto, siquier lo reconozca todo el mundo bien pensado y escrito, como lo pregona la crítica del drama de Bremón. Por análogas razones la obra de Dicenta no ha logrado el interés debido al estro y forma de tan genial autor. La poesía de Dicenta difiere mucho de la poesía de Bremón. El valor de su pensamiento llega en este último á la temeridad. La pluma de Bremón, muy liberal, propende á conservadora; la pluma de Dicenta, muy castiza, propende á revolucionaria. Buen súbdito de las leyes gramáticas, parece algo rebelado contra las leyes políticas. Lo cierto es que ha querido presentar en el teatro ese hondo problema de la responsabilidad, cuyos términos tantas disputas engendran, así en Metafísica como en Fisiología, y el público le ha dicho no estar maduro el argumento para el teatro. Esta selección de los asuntos alcanza una extraordinaria importancia en todas las artes, quienes marran cuando intentan salirse de su dominio é invadir las artes fronterizas. Eximios escritores emularon la escena que nuestros artistas del cincel debían esculpir para glorificar el centenario glorioso de la invención del Nuevo Mundo. Mezclaron dos poemas diversos en sus caracteres intrínsecos, aunque muy cercanos en la edad histórica; el hallazgo de la Nueva Tierra y el triunfo sobre la Nazarita Granada. Un pintor quizás pudiese unir á Boabdil y á Colón en el mismo cuadro; puede un poeta unirlos en el mismo poema; pero difícilmente un escultor en el mismo grupo, sin que la escultura traspase los naturales límites reconocidos á su acción y entre dentro de dominios reservados á la poesía y á la pintura. Por eso, por la dificultad insuperable del asunto, merecen mucha consideración los proyectos de artífices tan geniales como Susillo, Mélida y Benlliure. Pero hemos murmurado sin tasa, y hora es de acabar nuestras murmuraciones. Perdonad sus muchas faltas.

EMILIO CASTELAR


Los autores de CLEOPATRA: MM. Moreau, Sardou y Leroux

EL TEATRO

HOMBRES, GENTES Y COSAS

Cleopatra, drama en cinco actos y seis cuadros, de Victoriano Sardou y Emilio Moreau

El *Antonio y Cleopatra* de Shakespeare es seguramente un grandioso y noble drama. Representado en el año 1608 (la edición de 1623 señala esta fecha), pertenece á esa parte de la vida del autor que algunos de nuestros críticos contemporáneos llamaron «la crisis misantrópica» del gran inglés. Admito lo de crisis y también el calificativo de misantrópica; pero esa larga y fecunda hipocondría nos ha valido dramas como *Hámlet*, *Macbeth*, *Otelo* y el *Rey Lear*. Inferior, sin duda alguna, á esas incomparables obras maestras, *Antonio y Cleopatra* ha ocupado, no obstante, el primer lugar entre las producciones de segundo orden de Shakespeare. superior á *Julio César*, que iguala á *Ricardo III*. En efecto, nunca se hizo más severo y doloroso análisis de la locura de amor y de ese «atractivo sexual» que, exaltando á la mujer, embrutece al hombre. La pasión frenética que inspira una cortesana á un soldado rudo y brutal, muy pronto sexagenario, y los desesperados esfuerzos de esta enamorada de cuarenta años para enamorar á su amante, se pintan en ese lamentable drama con la verdad cruel del más exacto «naturalismo.»

Tomada por entero del relato de ese sutil y complicado retórico, que ninguno de nosotros se obstina en llamar «buen Plutarco,» esa aventura de los amores de Marco Antonio y de Cleopatra nos ha valido muchas tragedias: Dryden, en Inglaterra; en Francia, Jodelle (1552), Chapelle (1686), Marmontel (1750), Alejandro Soumet (Odeón, 1824), y Mme. de Girardin (Teatro Francés, 1847). Varios actores célebres y trágicos á la moda quisieron murmurar los dúos de amor con que esos diversos autores sembraron sus



piezas, como por ejemplo, Barón en el siglo XVII, en el XIX la señorita Georges y esa Rachel que aun hoy no tiene igual; pero sus varios esfuerzos fueron infructuosos, y nada ha quedado de estas tentativas.

Con razón se hubiera podido esperar que en nuestros días, un conocimiento más completo de la vida romana y de los misterios de Egipto, al fin descubiertos, inspirase poderosamente á los dos autores de la nueva *Cleopatra*, Victoriano Sardou y un elegante poeta, Emilio Moreau, autor de *Palas Atenea;* mas ¡ay!, no ha sido así. Todo ese trabajo, toda su energía se han empleado contra Shakespeare, practicando en el pobre Guillermo la más cruel mutilación. Sí, le han mutilado tan abominablemente, que de una obra, á veces admirable, no subsiste ya más que un pretexto para presentar las decoraciones. ¡Oh! Bien sé que la nueva pieza pertenece á ese género especial que el comercio parisiense llama «artículo de exportación,» muy lucrativo allende los mares. Antes de dos meses, esa *Cleopatra* habrá emigrado (ha sido comprada ya *por mucho dinero)* é irá á exhibir sus bellezas, desconocidas aún para nosotros, ante las miradas más cándidas de los ciudadanos de Chicago, esos artistas en grandes vituallas. Sin duda los autores quisieron hacer en París un ensayo, y solicitar tal vez de nosotros que contribuyéramos al reclamo. ¡Qué triunfo tan seguro para el *barnum* de *Cleopatra*, si desde Nueva York á *San Frico*, á traves de las ciudades de la «joven nación,» se pudiese ostentar este anuncio: «¡El asombroso éxito francés! ¡¡La maravilla de las maravillas del antiguo continente!!! *¡¡¡ Cleopatra!!!*... ¡SERPIENTE VIVA!...» Pues bien; forzoso es decirlo, mucho temo que nuestro público se preste mal á esta combinación.

El análisis de esa fantasía, muy primitiva y elemental, puede y debe contenerse en algunas líneas.

Cuadro primero. – Antonio ha venido para castigar á la ciudad de Tarso, rebelada contra Roma; Cleopatra aparece á los ojos del triunviro, que se enamora de ella. (Mala exposición; demasiada prosa; los caracteres de los personajes no se anuncian siquiera.)

Cuadro segundo. – Antonio y Cleopatra han ido á ocultar sus pasiones en la antigua capital de los Ramescidas, Tebas, que no era ya más que una ruina. Tres compañeros de Antonio, avergonzados de su debilidad, le conducen hacia Roma. (Muy largo, y no obstante abreviado en demasía, este cuadro carece completamente de acción.)

Cuadro tercero. – Cleopatra sola. Solo de la *Africana.* Llega un mensajero y anuncia á la reina que su amante infiel se ha casado con la joven Octavia. (Magnífica escena la del mensajero. Véase además Shakespeare, II, 5.)

Cuadro cuarto. – Cleopatra ha ido á buscar al pérfido; apodérase de él y le conduce á sus galeras. (Ninguna de las situaciones exigidas y necesarias ha sido siquiera bosquejada, como por ejemplo, la esperada lucha entre la esposa y la amante, ó el enloquecimiento de Antonio, que prefiere un beso de Cleopatra al imperio del mundo.)

Cuadros quinto y sexto. – Antonio y Cleopatra han sido vencidos cerca de Accio. Suicidios, el áspid... ¡está vivo! Telón... ¡Y se acabó!...

¡Ay, señor Sardou!, ¿qué se han hecho sus grandes noches de *Patrie* y de *Haine*? ¿Dónde está ese numen poderoso que dotó á nuestra literatura francesa de dos obras maestras?

El atractivo de semejante espectáculo consistía sobre todo en Mme. Sarah Bernhardt, que se mostró como siempre notable actriz, desempeñando con inteligencia ese papel de enamorada cuadragenaria que sabe enloquecer y perder para siempre á su amante. Cleopatra se contará entre las buenas creaciones de esa aplaudida artista.

REPARTO: *Marco Antonio*, M. Garnier, ha desempeñado con mucha inteligencia su papel, y en ocasiones nos produce la ilusión de un personaje destacado de los bajos relieves de la columna Trajana; *Demetrio*, M. Bouyer; *Kephren*, M. Darmont (los dos muy bien); *Cleopatra*, Mme. Sarah Bernhardt; *Octavia*, Mlle. Laure Fleur, que se esfuerza en dar alma al fantoche insignificante de la triste Octavia.

Música muy agradable de un joven compositor, premiado en Roma, M. Xavier Leroux, que revela grandes cualidades artísticas.

Aparato escénico interesante. M. Duquesnel, que es verdaderamente ese *artista vestimental*, celebrado tantas veces por M. Vitu, ha cometido, no obstante, algunos errores. Su reconstitución del Egipto Ptolomeico no es más que una graciosa fantasía.

GILBERT AUGUSTIN THIERRY

Creemos que después de esta crítica, interesará á nuestros lectores conocer el argumento de Cleopatra que para la *Revue Illustrée* escribió uno de los autores de la obra, M. Emilio Moreau, y que á continuación transcribimos:

CUADRO PRIMERO

Lanzan al aire las trompetas sus agudas notas, y en pos del pretor aparece Marco Antonio, que toma asiento en su tribunal; la ciudad de Tarso tiembla



poseída del mayor espanto, porque sus notables van á expiar, entregando sus cabezas á los lictores, la falta por la población cometida al seguir á Cleopatra en su rebelión contra Roma.

De pronto resuenan en el Cydnus las liras y los tímpanos; una barca, cuya vela color de rosa hincha el viento del estío, se aproxima, y en medio de las flores surge una extraña criatura, de manos delicadas, crespa cabellera y embriagadores ojos, que rodeada de perfumes y en armonías envuelta, se adelanta, detiénese en presencia de su juez y una sola mirada le basta para vencerle y encadenarle con su incomparable gracia.

– ¡Levanta, criatura única! ¡Guarda en la tuya mi mano! ¡Hoy empieza mi existencia!

CUADRO SEGUNDO

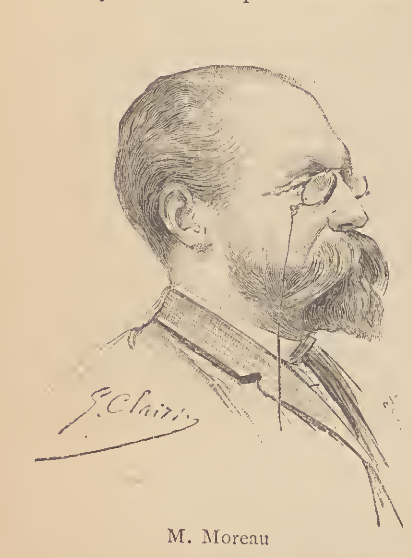
¡Ah! ¡Cuán deliciosa se desliza la vida bajo el cielo eternamente azul de Egipto! La imagen de la muerte se les aparece en todas partes, ora grabada en el frontón de los pilones, ora pintada en los frisos de sus palacios.

Pero ¿qué importa la muerte? Dulce es el cielo, dulce el reposo á la sombra de los plafones de granito, pero más dulces que todo lo del mundo son los besos de Cleopatra. Para separarse de sus brazos, para correr á la defensa de Roma amenazada por los piratas, es preciso que la misma Cleopatra, más celosa de su gloria que de su felicidad, le decida á ello.

–¡Vé, héroe mío!, pero apresúrate á volver; mi alma parte contigo.

CUADRO TERCERO

¿Por qué tarda tanto en regresar? ¿Por qué los mensajeros de Cleopatra no traen respuesta alguna? ¿Ha sido Antonio herido en un combate ó se ha visto detenido por una tempestad? La reina, tendida en la azotea de su palacio, gime devorada por la fiebre y por la angustia, llamando en vano el sueño. Cual bandada de aves fúnebres vuelan alrededor de su frente los más negros presentimientos. ¡Ni un ibis en el cielo que traiga debajo de sus alas un papirus! ¡Ni un mensajero en el camino!... ¡Ah, sí!; aquel hombre que corre allá á lo lejos plegado el manto bajo su brazo... ¡sí, se dirige al palacio! Es un mensajero de Antonio. Pero ¿por qué tan sombrío semblante? ¿De qué siniestra nueva es portador? ¿Ha muerto Antonio? No, Antonio vive; pero ha muerto para Cleopatra: Antonio se ha reconciliado con Octavio y acaba de casarse con Octavia, la hermana de éste.



M. Moreau

–¿Es, pues, muy hermosa esa mujer? ¡Veámosla, quiero verla!

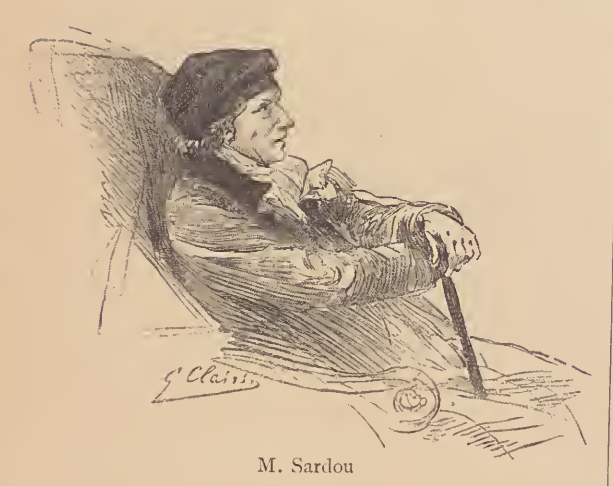
CUADRO CUARTO

Sí, también es muy bella y delicada, sonriente como la aurora, amable como la paz. Vanaglóriase de apaciguar las contiendas que no tardaron en surgir entre Octavio y Marco Antonio; se han desenvainado ya los aceros; Octavia quiere que vuelvan á sus vainas y que no se encienda jamás la pira que ha de anunciar la guerra. ¡Lo quiere, aunque no sea más que para que regrese á Egipto la flota que Cleopatra envía á Marco Antonio! ¡Ay! Ignora que Cleopatra ha venido con esta flota y que la amante entra en la casa en el mismo momento en que la esposa sale de ella... ¡Hela ahí, más bella que en Tarso, hermosa en medio de su cólera y de su dolor! Y como en Tarso, Antonio es vencido y cae á los pies de la hechicera, sin la cual no existe para él la felicidad en el mundo. Dos ejércitos le contemplan, retiembla todo el orbe; Octavia reaparece llevando la paz entre los pliegues de su manto... Mas ¿qué importa Octavia? ¡Ardan las hogueras y que el viento disperse esta llama! ¡Suenen las trompetas y que los buques choquen unos contra otros!

–¡Bendita sea la guerra que me separa del resto del mundo y que nos reune!

CUADRO QUINTO

La batalla ha acabado en derrota y á la derrota sigue la huída. ¿Qué importa el oprobio? ¿Vale por ventura el universo lo que un beso de Cleopatra? Además, el Egipto permanece fiel á su reina; el ejército de Octavio, que desde la jornada de Accio persigue á Antonio, va á estrellarse ante los muros de Alejandría; las arenas del desierto serán su mortaja; los dioses se unirán á Marco Antonio para aniquilarle.



M. Sardou

–Saboreemos aún por esta noche el placer de vivir y la embriaguez del olvido.

CUADRO SEXTO

¡Escuchad! ¿Qué es este rumor que se percibe en la ciudad apenas despierta?... ¡Mirad al través de los sicomoros! Esos reflejos ¿son del agua herida por el sol?... ¡No! Son las corazas romanas, el ejército de Octavio, á quien la traición acaba de abrir las puertas de Alejandría. Por otra parte, ¡á qué prolongar una existencia cuya miel han saboreado hasta la última gota Antonio y Cleopatra! ¡Morir juntos! He aquí la única felicidad que aún les es concedida.

–¡Otro beso, el último de tantos besos! Y ahora ¡adiós!

He aquí ahora un párrafo del juicio que acerca de esta obra ha emitido el notable crítico M. Hipólito Lemaitre y que sintetiza la opinión casi unánime de cuantos han asistido á la representación de *Cleopatra:*

«La curiosidad del público ruidosamente solicitada y mantenida luego con toda intención en suspenso durante varios meses, estaba vivamente sobrexcitada: el mayor desencanto ha venido á poner fin á la misma. La *Cleopatra* de Sardou y de Moreau no es más que un gran drama bastante obscuro en seis cuadros, cuidadosamente divididos para presentar á la célebre Sarah Bernhardt en las diversas actitudes propias para poner de relieve las múltiples manifestaciones de su talento.»



Sarah Bernhard y sus áspides

SECCIÓN AMERICANA

EL MATE

Sobre una pequeña aldea del Paraguay, situada á buena distancia del río de este nombre, extiéndese un cielo estrellado que no empaña la menor nubecilla; detrás de un grupo de colinas que se alzan al Oeste inclínase la luna hacia el horizonte, mientras por el lado opuesto se dibujan los reflejos de la aurora. En el pórtico de una de las casas cubiertas de hierba que rodean la plaza mayor del pueblo, dos jóvenes en traje de montar, y sin duda extranjeros, gozan del descanso que pronto interrumpirán el aire fresco de la mañana y el continuo cacarear de los gallos. De la puerta de la casita sale una vieja pobremente vestida, y aventando las cenizas en un rincón del cobertizo que hace las veces de cocina, forma una hoguera, á cuya llama empieza á hervir el agua contenida en una pequeña tetera.

En el entretanto, la vieja ha vuelto á salir de la choza con una calabaza hueca, pintada de negro y gruesa como el puño (fig. 1), que llena hasta la mitad de un polvo grueso y verdoso (fig. 3). Después de humedecido este polvo con agua fría, echa aquella mujer en el recipiente agua hirviendo hasta llenarlo, hecho lo cual introduce en el líquido una caña de metal, de un palmo de largo, que en su extremo inferior se ensancha formando una especie de puño ó cucharita agujereada á modo de criba. Por él sorbe la vieja para probar la bebida y ver si la cañita funciona bien, seca luego con los dedos la embocadura de ésta y se dirige á la hamaca más próxima para ofrecer al joven que en aquel momento se ha despertado la bebida matutinal propia de aquel país. Mientras la Hebe de negra piel espera silenciosa y algo apartada, el mancebo apura lentamente y con fruición la caliente bebida, y dirigiéndose luego á la cocina llena otra vez de agua hirviendo la tetera ó *mate* y se la sirve á su compañero, repitiendo uno y otro esta operación hasta que un «¡basta!,» pronunciado por cada uno de ellos, pone término á las libaciones.

Levántanse á poco los demás habitantes de la casa y todos se procuran el indispensable mate, cuidando de añadir nueva hierba á la tetera cuando ha servido para ocho ó diez bebedores.

A todo esto, el sol se ha levantado sobre el horizonte, y cada cual se marcha á sus habituales tareas; los dos extranjeros montan en sus caballos á toda prisa ensillados, y seguidos de un par de guías indígenas se encaminan al trote hacia la cordillera, con el propósito de llegar á su elevada cima, defendida por enormes peñas, espinosas plantas, compactas malezas y punzantes insectos.

Tal es el cuadro que ofrece el placer legítimo y tradicional del mate ó te del Paraguay, de esa bebida diaria de muchos millones de hombres en la mitad meridional de la América del Sur, en el Brasil, Uruguay, Paraguay, República Argentina, Chile y Bolivia. Por la mañana temprano, y luego á la hora de la siesta y á menudo también por la noche, circula con profusión el mate en la elegante y ventilada vivienda del acomodado habitante de la ciudad – á no ser que por falsa vanidad haya abandonado esa costumbre nacional, – en la choza del campesino, alrededor de la fogata en torno de la cual se sientan los pastores ó labradores emigrantes, en los cuartos y patios de las fondas, en los barcos que cruzan los caudalosos ríos sudamericanos y hasta en los rústicos alojamientos de los colonos inmigrantes recién llegados. El mate es para todos ellos lo que el café y el te son para las gentes cultas de Europa y del Este de Asia; el mate reemplaza entre ellos á las bebidas alcohólicas con que en las primeras horas de la mañana suelen confortar sus estómagos tantos europeos y norte-americanos, y solo, sin aditamento alguno, suele conservar sus fuerzas durante muchas horas, pues generalmente hasta muy cerca del mediodía no hacen una comida propiamente dicha. De modo que las mañanas, cuando aún el calor no aprieta, son para el trabajo; luego viene el almuerzo y tras él un descanso; después otro ratito de trabajar, y por la tarde la comida, terminada la cual se reposa de las fatigas del día, gustando del fresco de las noches hermosas de aquellos privilegiados climas. Todo esto, entiéndase bien, sólo pasa allí donde el inmoderado trabajo de la civilización y la preponderancia del elemento emigrado no han dado todavía al traste con el sistema de vida peculiar de aquel país.

El uso del mate puede, cual otro ninguno, ser considerado como un rasgo característico originario de la existencia sudamericana, pues ya los primitivos habitantes del territorio conocían el placer de esa bebida, y de ellos lo copiaron los conquistadores españoles al penetrar en las regiones del alto Paraná y de sus afluentes. Cierto que no usaban aquéllos las *bombillas* (así se denominan las cañas aspiradoras) de plata y de oro, ni los mates de metales preciosos que hoy encontramos entre las familias ricas; pero indudablemente se servían ya de las calabazas para contener la bebida, y para sorberla utilizaban las pajas chafadas en un extremo ó provistas de un puñado de cabellos para evitar la absorción de las hojas toscamente pulverizadas. (Véanse los grabados 4, 5 y 6.) En la actualidad, en los bosques y en los sitios apartados de los distritos densamente poblados consérvanse todavía estos aspiradores, que se utilizan cuando se agota la provisión de cañitas.

La patria del mate es el territorio del alto Paraná y de los afluentes de este río, á ambos lados del trópico, inclusas las selvas de las corrientes superiores de los tributarios del Paraguay, que en aquellas latitudes tienen sus fuentes, y los bosques del alto Uruguay. También crece el mate en las tres provincias meridionales del Brasil, en Matto Grosso, en los distritos orientales del Paraguay y en el extremo nord-

este de la Argentina. El árbol del mate (erróneamente calificado con frecuencia de arbusto) es una especie de *Ilex* que se conoce en botánica con los nombres de *Ilex paraguayensis* (De Candolle), *Ilex mate* (Saint-Hilaire) y *Psoralea glandulosa* (Linneo). Cuatro especies de Ilex diferentes, aunque muy parecidas, producen el te: los indígenas las distinguen con los nombres de *caá-guazú*, *caá-mini*, *caá-na* y *caá-chirí*, siendo las dos primeras las que actualmente proporcionan toda la hierba que es objeto de comercio. El nombre de *hierba* (en portugués *herva* y en latín *herba)* es simplemente la traducción de la palabra *caá. Guazú* significa grande y *mi* ó *mini* pequeño.

Fig. 1 Fig. 2

Fig. 1. *Mate de barro.* Tetera de arcilla negra en forma de calabaza con adornos encarnados y blancos. – Fig. 2. *Mate de calabaza.* Tetera confeccionada con una calabaza: el pedúnculo de ésta sirve de asa. Las dos figuras son de 1/2 del tamaño natural y están tomadas de objetos que forman parte de la colección de Otón N. Witt, de Berlín.

El árbol del mate, especialmente del *caá-guazú*, que podría denominarse árbol de la hierba, puede ser confundido, si se le contempla desde lejos, con un naranjo de regular tamaño, aunque su forma es más esbelta. Si nada entorpece su desarrollo llega á alcanzar una altura de 12 metros, pero generalmente en los bosques frecuentados por los *hierbateros* (que son los que recogen las hojas del mate) sólo se encuentran árboles de estos de una altura de 4, 6 ú 8 metros. Las hojas son brillantes y de un verde obscuro, de un dedo de largo, lanceoladas y dentadas, alcanzan su mayor anchura al final de su segundo tercio y tienen en su superficie externa una multitud de glandulitas ó vejigitas que contienen una materia resinosa. Las flores de este árbol, pequeñas y blancas, tienen cuatro pétalos y cuatro estambrillas, crecen juntas formando racimos y se desarrollan en frutos esféricos y capsulares cuyo tamaño oscila entre el de un grano de pimienta y el de un guisante (véase el grabado 7); en la época de su madurez son de un color de violeta obscuro. El árbol florece en el Paraguay en octubre y noviembre y la semilla madura en abril y mayo. La recolección de las hojas se hace en los meses de enero hasta agosto.

El árbol de la hierba no forma por sí solo bosques, que rara vez en los trópicos y en los territorios próximos á éstos aparecen constituídos por árboles de una sola clase (exceptuando, quizás, algunas especies de palmeras), sino que se encuentra diseminado en todo el territorio cubierto de selvas de la zona antes indicada, y casi siempre crece á la sombra de otros árboles. Los parajes en donde abunda y en donde, por lo tanto, la explotación es productiva, se denominan *hierbales*, distinguiéndose los lugares y los productos que de ellos se obtienen con los nombres de los distritos administrativos en que radican (San Pedro, Santaní, etc.), y dándose á las distintas localidades denominaciones tomadas de los ríos, montañas, etc., vecinos.



Fig. 5. *Bombilla de plata*, que se prolonga en forma de conchas agujereadas. 1/2 del tamaño natural de la colección de R. Bahr, de Hamburgo

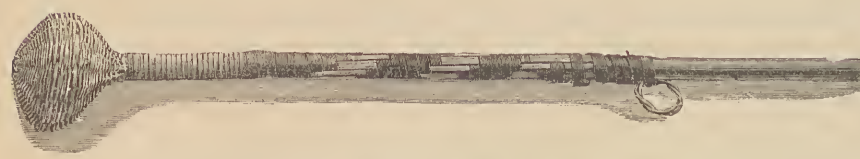


Fig. 6. *Bombilla de caña*, que se prolonga en forma de entrelazado á modo de filtro. 1/2 del tamaño natural. De la colección de Otón N. Witt, de Berlín

En todo el territorio de los hierbales paraguayos apenas hay población sedentaria; los que explotan sus riquezas viven generalmente en los territorios más occidentales y emprenden anualmente sus expediciones. A fines de año, los empresarios alquilan jornaleros, capataces, etc., haciéndoles, según costumbre del país, notables anticipos que las más de las veces se gastan demasiado pronto en placeres y diversiones, y les envían luego á los bosques, seguidos de un rebaño de bueyes y de un convoy de pesados carros con los útiles y provisiones. Una vez allí, construyen en los sitios de antemano señalados para el trabajo los campamentos, cuya duración casi siempre se calcula para un solo año; faena que, cuando el tiempo apremia, se lleva á cabo con rapidez pasmosa. Muchas veces los árboles mismos sirven de estacas y junto á ellos se levantan en un abrir y cerrar de ojos chozas grandes y pequeñas, para cuya construcción ofrecen material suficiente los bambúes, los matorrales de los pantanos y de los campos, las palmeras pindoas y las plantas trepadoras. Las cabañas, así las pequeñas en donde se albergan los trabajadores, como las grandes que sirven de almacenes de provisiones y de máquinas, no tienen paredes, sino que se parecen á tiendas de campaña en cuanto sus techos se prolongan hasta casi tocar con el suelo.



Fig. 3. *Mate* ó te del Paraguay. De una fotografía tomada del natural

En cada uno de estos campamentos hay ocupados treinta ó cuarenta hombres, pero no es raro encontrar empresarios que explotan media docena ó más de estos *ranchos*.

Cuando todo está dispuesto, encamínanse al bosque los jornaleros provistos de sendos machetes, cortan de un tajo hábilmente dirigido las copas de los arbolitos del mate, y separan luego las ramas mayores; una vez reunido un buen montón enciéndese con leña especialmente elegida una gran hoguera, por entre cuyas llamas se hace pasar un par de veces las ramas, secándose de esta suerte fácilmente las hojas, que ya después no se ennegrecen bajo la influencia del aire atmosférico. Hecho esto se arrancan con las manos las ramas pequeñas y se forma con ellas un haz, á veces de proporciones extraordinarias, que el trabajador arrastra hasta el rancho inmediato. Sólo por vía de excepción, cuando los árboles empiezan á escasear se emplean para esta operación animales de carga. Después hojas y ramas previamente tostadas son conducidas al tostadero *(barbacuá)* para ser sometidas al procedimiento más importante en la preparación del mate. Bajo un techo de hojas de palmera hay un encañizado de unos ocho metros de diámetro y de forma abovedada, sobre el que se depositan las hojas en cantidad de 100 ó 120 arrobas. Al lado del tostadero hay una fosa que comunica por medio de una balaustrada con un pozo corto que va á desembocar debajo del centro de la cúpula, y en la cual se mantiene un fuego de maderas poco humeantes, procurándose que, á ser posible, llegue á la cúpula muy poco humo y mucho aire caliente. Las ramas permanecen en el encañizado ocho horas ó más sometidas á la acción del calor, y luego son llevadas en grandes planchas á la casa de máquinas para ser desmenuzadas mientras en el encañizado se coloca una nueva provisión.

Antiguamente solíase encender el fuego directamente debajo del encañizado, lo que no sólo ocasionaba frecuentes pérdidas, sino que comunicaba á la hierba un pronunciado sabor á humo. También los procedimientos de pulverización eran antes extraordinariamente primitivos, tales como machacar las hojas y ramas en hoyos practicados en el suelo ó despedazarlas en unas eras por medio de unas espadas de palo. Este último procedimiento empléase todavía en algunos ranchos, en los cuales la poca importancia del botín que se espera obtener no vale la pena de que se lleven allí máquinas á propósito. El método generalmente seguido en la época de mi visita á aquellos territorios era el siguiente: en una era cubierta de tablas y en un cilindro vertical cortado por vigas transversales hay colocados dos ó tres conos de madera, provistos de dientes de hierro y en forma de espátula, que al ser puesto el artefacto en movimiento por un animal van describiendo un círculo y desmenuzando las hojas debajo de ellos amontonadas. Algunas veces en lugar de conos se utilizan grandes y anchas ruedas; pero aquéllos tienen la ventaja de ocupar menos sitio y de ser más fácilmente transportables, lo que no deja de ser muy importante dadas las dificultades que entraña el llevar las hojas enteras á un punto central.



Fig. 4 *Mate de plata.* Tetera preciosa, hábilmente labrada. Labor peruana 1/2 del tamaño natural. De la colección de R. Bahr, de Hamburgo.

En otros tiempos la explotación de la hierba en el Paraguay era monopolio del gobierno, más tarde los hierbales fueron arrendados á empresarios, y recientemente el Estado los ha vendido á particulares. De aquí la formación de algunas sociedades, á las que probablemente se debe la introducción de máquinas y de procedimientos perfeccionados. También parece que en el Brasil se aplican sistemas más perfectos que en el Paraguay; esto no obstante, los brasileños no han podido arrebatar á la hierba paraguaya su indiscutible preeminencia.

La hierba preparada se guarda en toscos sacos de unas cinco arrobas, y en algunos hierbales (especialmente hacia el Norte) estos sacos están confeccionados con media piel fresca de buey que, al secarse, comprime la hierba hasta darle la consistencia de la piedra, conservándola inalterable por muchos años. En estos últimos tiempos la moda ha introducido una porción de envases distintos de los antiguos, como cajitas, barrilitos, etc.

Los sacos, cargados en grandes carros ó en mulos, bueyes ó caballos, son conducidos, no sin grandes dificultades, por los senderos de las montañas y de los bosques y por puentes primitivos hasta el río más

próximo navegable para barcazas, y una vez allí se hacen cargo de ellos los barqueros que, como los hierbateros, son extranjeros (italianos, vascos, etc.) en su mayor parte, al revés de los jornaleros, así del bosque como de los ríos, que son paraguayos. El viaje por las corrientes de los hierbales depende en gran parte del estado del agua, y por ende el tráfico resulta irregular é inseguro. Aguas arriba, especialmente, hácese el trabajo sumamente difícil, pues las canoas han de ser empujadas por medio de pértigas. La mayor parte de la hierba paraguaya va destinada á Asunción, en donde por mediación de corredores la acaparan los grandes comerciantes; mucha es enviada también directamente á los puertos del Plata, sobre todo la procedente de los bosques del alto Paraná, en donde Tacurú-pucú constituye el centro de la explotación paraguaya.

Si los trabajadores saben tratar bien los árboles y manejar el machete de modo que el tronco no quede astillado, no tardan en brotar nuevas ramas y en surgir nuevamente las copas, y á los cuatro años puede obtenerse en el mismo hierbal una abundante cosecha. Hoy, que los hierbales son de propiedad particular, los dueños se muestran más cuidadosos en su explotación y los respetan más á fin de que no disminuya el valor de sus fincas.

Esta constante productividad de los hierbales es la causa principal de que en los modernos tiempos no se hayan hecho tentativas serias para el cultivo del mate, á lo menos que yo sepa, en el Paraguay y en el Brasil. Que el cultivo del árbol del mate es posible, no cabe ponerlo en duda, aunque lo contrario crean la generalidad de los paraguayos. Los jesuítas, en la época del apogeo de sus misiones en el Paraguay, tenían sus plantaciones de mate, y aun algunos afirman que fueron los primeros en llevar esta planta á los bosques de los territorios meridionales de ese país. Esto último pudiera ser erróneo, pero lo cierto es que las plantaciones existen y que las hay hasta muy cerca del grado 30 de latitud; en Yapeú (Uruguay) se encuentra una, según dicen. En cuanto á mí, si no me engaño, no he visto más que un árbol de éstos cultivado, y era un pequeño y raquítico ejemplar que, rodeado por una estrecha cerca, crecía en la plaza de la Iglesia de Villa Rica. Muchos hierbateros me han asegurado que de semilla han logrado obtener arbolitos jóvenes, deduciendo de ello que los fracasos registrados han de atribuirse á ignorancia ó á falta de habilidad. La planta necesita lugares sombreados y tierras sin sol, de aquí el cuidado con que se han de escoger los sitios para plantaciones en los terrenos bajos del Paraguay, abundantes en tierras salinosas, tan estimadas por los ganaderos, que en cambio faltan en las comarcas pobladas de bosques, cuyos habitantes debieron desconocer antes de la llegada de los europeos el uso de la sal, de la que se abstienen aún los viejos indios. Cuando el tirano López, perseguido por los brasileños hubo de huir con los restos de su ejército hacia el Nordeste al través de los hierbales, prohibió severamente á sus tropas que cortaran el mate con los cuchillos que les servían para cortar el tasajo, pues aun por este medio se consideraba funesta la acción de la sal.

Creen todavía muchos en el Paraguay que la simiente del mate necesita para germinar haber pasado por el tubo digestivo de un pájaro, lo cual es un error. También existe entre la gente del pueblo la superstición, hija quizás del egoísmo, de que es muy peligroso cultivar árboles de mate, porque el que siembra las semillas muere necesariamente en cuanto maduran los primeros frutos de la planta.

Hace algún tiempo, el doctor Carlos Karger aconsejaba en el *Colonialzeitung* (3 de agosto de 1889) que se intentara en Alemania el cultivo del mate, diciendo que puesto que este árbol resiste bien en su patria muchos grados de frío, prosperaría en el clima alemán, tanto más, cuanto que no se había de plantar para obtener frutos sazonados, sino hojas, y cuanto que del árbol podría sacarse cuando menos un arbusto. A mi entender, la diferencia de clima es demasiado grande. Las escasas escarchas de aquellas poco elevadas mesetas no invaden con persistencia los bosques, y el calor grande y constante del período de vegetación propiamente dicho difícilmente puede ser sustituído con el sol de la primavera y del verano de Alemania. Además, es muy dudoso que la planta en ésta cultivada tuviera sus cualidades características, sin las cuales aquélla no pasaría de ser un inútil matorral. Pero en el Sur del Brasil, en el Paraguay y en la Argentina hay territorios de sobra para el cultivo del mate, que de ser explotados podrían dar hierba en tal cantidad que puesta en Alemania resultara más barata que si en la misma se produjera.

Por otra parte, es muy posible que el mate cultivado por plantadores inteligentes y cuidadosos resultaría, como acontece con otros vegetales, un producto más perfecto de lo que actualmente es y que podría luchar con éxito contra el café y el te. Hoy por hoy las armas para esa lucha son muy desiguales, pues ninguna de las tres bebidas tiene delante de sí un campo virgen que explotar, sino que, por el contrario, el mate debería desalojar á los otros dos productos de posiciones de antiguo por ellos en absoluto dominadas, lo que no es probable consiga nunca, ya que si desde el punto de vista higiénico puede ser superior á sus rivales, éstos, en cambio, le aventajan en aroma y, en sentir de muchos, en sabor.

Respecto de la cantidad y del valor del mate cosechado en el Paraguay y desde allí exportado al extranjero, difícil es encontrar datos fidedignos. Por término medio, la producción total anua únicamente para el consumo del país puede estimarse en 600.000 arrobas. Prescindiendo de otras fuentes y fijándonos solamente en la memoria redactada en 1889 por Mr. Hill, cónsul de los Estados en la Asunción, tenemos que la exportación en los seis años de 1881 á 1886 fué de 496.876, 518.381, 622.801, 583.481, 493.531 y 442.920 arrobas respectivamente. En 1887, según otra estadística se exportaron 557.400 arrobas. Las listas de importación de la República Argentina correspondientes á 1888 arrojan una introducción en ese territorio de 703.350 arrobas de mate paraguayo, lo cual permite suponer que una parte del producto importado lo fué en marcas falsificadas, pues el mate paraguayo se paga más que el brasileño. En los años de 1881 á 1886 el comercio al por mayor del Paraguay pagó la arroba de mate á 1'20 y 1'25 pesos, y algunos hierbateros me dijeron que á este precio su ganancia era muy poca, y que no podían dar buena mercancía á menos de 1'50 pesos. Antiguamente el precio de la hierba estaba sujeto á grandes oscilaciones; así, por ejemplo, á principios de 1860 se elevó á 6 pesos y á fines del mismo año había descendido á 2'50. Entonces la explotación y el comercio de la hierba eran un monopolio del gobierno. En la venta al por menor, una arroba de hierba suele costar 2 pesos y una libra un real (cincuenta céntimos de peseta). En Buenos Aires una arroba cuesta de 3'50 á 5'50 pesos.

Se calcula que el Brasil produce seis veces más mate que el Paraguay; de allí se exportaron en el año 1879 á 1880 1.222.933 arrobas con un valor de 1.250.000 pesos. En 1885 á 1886 la exportación fué de 1.150.000 pesos, y en 1886 á 1887 de 1.700 000. La República Argentina importó en 1888 847.965 arrobas de hierba brasileña, de modo que esa nación resulta ser la principal compradora del Brasil, como lo es también del Paraguay.

En cuanto al sabor y á la acción del mate no es fácil decir algo admisible para todo el mundo, primero porque la hierba y todos sus efectos no han sido todavía sometidos á un estudio exacto, y segundo porque las opiniones de los profanos sobre estos particulares están sumamente divididas. El que por vez primera prueba el mate y hace su primera aspiración con la caña, casi siempre deja la tetera más que de prisa, aunque por excepción no se haya abrasado los labios. El pronunciado amargor de la bebida, especialmente cuando la infusión es fuerte, repugna al principio, tanto más, cuanto que no va acompañado de un tentador aroma. Pronto, empero, se aventura uno á hacer una segunda y una tercera tentativa, y acaba por encontrar la bebida muy agradable, hasta el punto de que, sin que uno lo note, se convierte en grata necesidad. Muchos beben el mate con azúcar y aun con leche, pero yo entiendo que esto es quitar á la bebida su carácter y todo su valor.

Entre las propiedades de la infusión de mate la más notable es la acción altamente estimulante que ejerce sobre los músculos, acción que aumenta momentáneamente la energía para el trabajo, sin que se produzca una reacción perceptible en forma de postración. Al incesante uso del mate atribúyense los extraordinarios trabajos de los soldados de López, y los actuales paraguayos realizan trabajos y marchas increíbles, aunque estén poco alimentados, con tal que no les falte el mate. Los mismos emigrados alemanes del Paraguay y del Brasil aprecian en lo que vale la fuerza que esta bebida les comunica. Además esta infusión, lo mismo caliente que fría, apaga la sed de un modo sorprendente, cualidad que pronto aprende el viajero á estimar en tan alto grado como la estima el indígena. También se atribuyen al mate propiedades sudoríficas y diuréticas, y aunque esto no puede demostrarse fácilmente sino por medio de experimentos científicos, es muy probable que así sea, dada la analogía de aquél con el café. Asimismo se afirma que el mate favorece la digestión, lo que puede muy bien ser cierto. El Dr. Karger sostiene – y á otros oí decir lo mismo – que el mate puede beberse en tanta cantidad como se quiera, sin que por ello se perturbe el estado normal del individuo. Repetidas veces he oído asegurar que, á diferencia del café y del te, el mate no puede producir desvelo, pero tengo para mí que los que tal opinan van demasiado lejos. De mí sé decir que después de dos ó tres rondas de infusión fuerte de mate apuradas en casa de un hierbatero poco antes de acostarme, no pude en muchas horas pegar los ojos, á pesar de que ninguna preocupación me asediaba que pudiera ahuyentar de mis párpados el sueño reparador. Sería, por otra parte, muy extraño que el mate no poseyera esta propiedad, pues aunque no se ha analizado la eficacia de cada una de las substancias y combinaciones contenidas en la hierba, es indudable que la substancia principalmente activa contenida en ella es, como en el te y el café, la cafeina que, según datos al parecer fidedignos, constituye el 1'3 por ciento de las hojas secas. En el café, la dosis de cafeina varía entre 0'6 y 2'2 por 100, y en el te (según análisis practicados en las clases que circulan en el comercio ruso) de 1'5 á 3 por 100. La diferencia entre los efectos que cantidades de esas tres substancias con iguales dosis de cafeina producen en el sistema nervioso han de imputarse á otros elementos integrantes de las mismas, como el cafeol y otros que en el café son producto de una fuerte torrefacción. A la cafeina contenida en el mate hay que atribuir principalmente la acción que esta bebida ejerce en la digestión y sobre el sistema nervioso; ella es la que comunica nuevo vigor á los músculos y la que acalla por algún tiempo las exigencias del estómago.

Por la fuerte dosis de tanino que contiene, el mate ofrece mayor analogía con el te que con el café; el análisis antes citado arroja un 16 por 100 de aquella substancia en el primero; el te negro chino tiene un 12'88 por 100 y el te verde 17'80. Sabido es que el te dificulta en muchas personas la digestión, porque el tanino disminuye la secreción de los jugos intestinales, aunque sin turbar el movimiento intestinal. De aquí puede deducirse que igual efecto produce el mate, y así se observa en muchas personas, al paso que en otras á quienes convienen los astringentes, esa bebida estimula la digestión por el aumento del movimiento intestinal debido á la cafeina. La presencia del tanino explica también la acción antiséptica que se atribuye al mate, que también es tenido como febrífugo. Está probado que el tanino es fatal para los microorganismos; puede, pues, matar en el estómago las plasmodias de la malaria, en el caso de que éstas hayan penetrado por el tubo digestivo, y puede también contrarrestar en los intestinos la acción de los microorganismos en las enfermedades intestinales. Este efecto quizás se deba en parte á que el hecho de beber mate evita en ciertas ocasiones que se beba agua mala sin hervir.

Se pretende que el mate tiene cierto valor nutritivo directo, y aunque éste no puede ser sino muy pequeño, sin embargo hay que admitir que la infusión, al introducir diversas sales en el organismo, ejerce saludable influencia en la nutrición. Los pastores argentinos se alimentan durante larguísimas temporadas únicamente de carne de buey ó de oveja y de mate, de modo que éste debe necesariamente reemplazar en ellos cuando menos algunas de las propiedades de la alimentación vegetal tan indispensable al hombre.

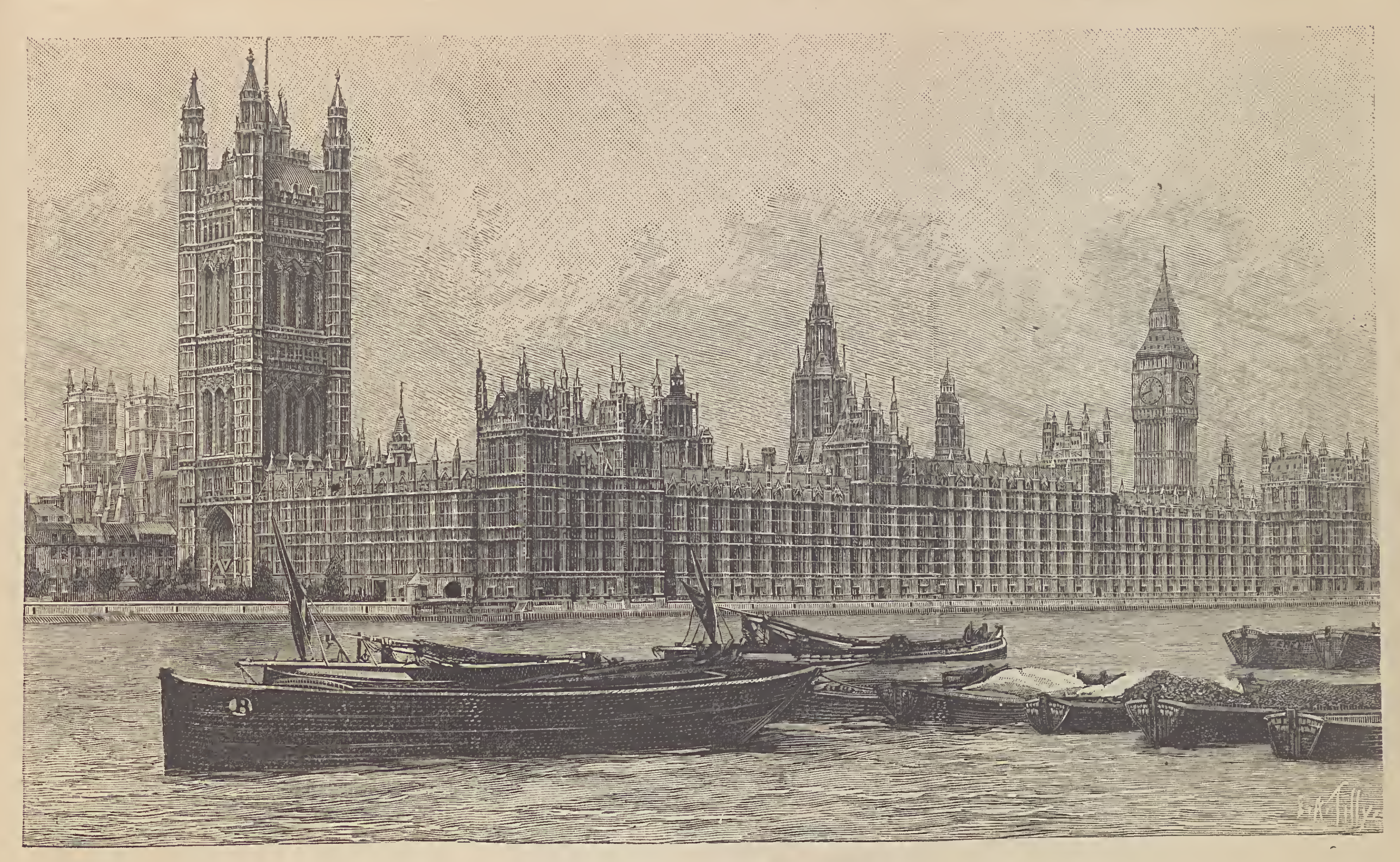
Desde el punto de vista de la cafeina que contiene, el mate tiene, además del café y del te, otras tres plantas similares en el reino vegetal, á saber: el arbusto paulinio *(Paullinia sorbilis)* del Norte del Brasil y de las Guayanas, cuyas semillas contienen cafeina; el árbol de la cola *(Cola acuminata)* que produce nueces con cafeina, y el cacao *(Theobroma Cacao)*, cuyo principio activo, la theobromina, sólo en un radical metilo se diferencia químicamente de la cafeina.

El café, el te y el cacao hace tiempo que ocupan un lugar principal en la economía alemana; el arbusto paulinio proporcionaba, antes por lo menos, un medicamento, la pasta de guaraná; la nuez de cola ha entrado recientemente y con éxito en el comercio bajo distintas formas. Esto sentado, ¿no valdría la pena de consagrar alguna mayor atención al mate? Cuando menos su uso en las colonias tropicales de Alemania daría seguramente buenos resultados.

Para el autor de estas líneas, el mate constituye uno de los muchos agradables recuerdos que conserva de aquel pequeño apartado país, á menudo menospreciado sin razón alguna, que se extiende entre el Paraguay y Paraná y de sus primitivos habitantes, cuya nacionalidad, costumbres é idioma tan tenaz resistencia oponen al oleaje de la civilización europea.

Dr. Hugo Toeppen

(De la revista alemana *Prometheus*)



EL PALACIO DEL PARLAMENTO EN LONDRES

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

I

INGLATERRA

La Constitución inglesa es indudablemente la que ha durado más tiempo, lo cual permite considerarla como la mejor. Pero podríamos decir que no existe Constitución en Inglaterra, si por esta palabra se entiende un estatuto fundamental que equilibre los poderes del Estado con los derechos públicos. En ninguna época de su historia han tenido los ingleses necesidad de semejante estatuto; mas hay en cambio una serie de cartas, *bills*, peticiones, etc., cuyo establecimiento se ha desarrollado paralelamente con las necesidades del pueblo y las ideas de progreso, y cuyo conjunto constituye el parlamentarismo inglés.

Así se explica que los jurisconsultos de la Gran Bretaña hagan remontar con cierto orgullo hasta la época anglo-sajona el origen de los tres grandes poderes del Estado: el rey, la cámara de los lores y la de los comunes. Sin embargo, los siglos XII y XIII pueden considerarse, en la historia constitucional de Inglaterra, como el período de la infancia de sus instituciones políticas. Desde el año en que Enrique I subió al trono, es decir, 1100, hasta el 14 de febrero de 1301, ha habido diez y nueve cartas, entre las cuales debemos citar la de las libertades de Enrique I en 1100, la Gran Carta del rey Juan (15 junio 1215), la Carta de los bosques (6 noviembre 1217), y la Gran Carta de Eduardo I (12 octubre 1297).

En 1265 fué cuando Simón de Monforte convocó por primera vez á los diputados de los burgos, á los caballeros y á los ciudadanos. En un principio accidentales, esas convocatorias llegaron á ser regulares en 1295, pudiendo decirse que en esta fecha aparecen bajo su forma definitiva las instituciones parlamentarias de Inglaterra. Sin duda hay gran diferencia entre la condición política de ese país en tiempo de Eduardo I y la que le conocemos hoy; pero esta diferencia consiste más bien en la aplicación práctica de la Constitución que en la forma exterior. Los cambios han sido numerosos, y desde el período de las cartas, entre las actas del parlamento que han fijado ciertos puntos de la doctrina constitucional, conviene citar la Petición del derecho *(Petition of right)* de 1627, el Bill de los derechos *(Bill of rights)*, del 13 febrero 1689, y el Acta de establecimiento *(Act of settlement)* del 12 junio 1701.

La forma de gobierno en el reino unido de la Gran Bretaña y de Irlanda es la monarquía constitucional con un parlamento compuesto de dos cámaras: la *cámara de los lores* y la de los *comunes*. El soberano ejerce con el parlamento el poder legislativo y tiene, en principio, el derecho absoluto de veto, que en la práctica se puede considerar caído en desuso.

Antiguamente los lores y los comunes celebraban sus sesiones reunidos; pero en 1830, bajo el reinado de Enrique I, hízose la separación. Podría decirse que los lores son producto del sistema feudal modernizado; desempeñan funciones judiciales superiores y constituyen el tribunal de casación del reino.

La cámara de los lores cuenta 503 individuos, distribuídos del modo siguiente: 26 pares espirituales, que son los dos arzobispos ingleses y 24 obispos, todos de la iglesia anglicana, y 477 pares temporales, pares de sangre real, duques marqueses, condes, vizcondes, barones, pares de Irlanda y de Escocia.

La categoría de par es hereditaria bajo la clasificación siguiente: pares de Inglaterra cuya creación es anterior á la unión con Escocia (1707); pares de Escocia, cuya creación es también anterior á dicha unión; pares de Irlanda, cuya creación tuvo lugar antes del Acta de anexión de 1800; y pares del Reino Unido creados desde el Acta de unión de los tres reinos en 1800. Por último, los dos arzobispos de Cantorbery y de York y los obispos de Londres, Durham y Winchester, son pares de derecho.

Los demás obispos son nombrados según la fecha de su consagración. Antes de la Reforma contábanse entre los pares espirituales dos priores y veintisiete abades y además todos los obispos, lo cual daba la mayoría á la Iglesia en la cámara de los lores.

Los pares de título escocés no pueden enviar más que veintiocho representantes, y los de título irlandés diez y seis, los cuales se eligen respectivamente entre ellos mismos. La elección de los pares representativos escoceses se hace para cada parlamento, y la de los pares irlandeses es á perpetuidad. No sa crean ya pares en Escocia ni en Irlanda; todas las nuevas creaciones se llaman de los tres reinos.

Hasta 1868 los pares podían votar por procuración, y á este propósito se recuerdan las palabras del duque de Wellington, que dijo: *Tengo la mayoría en el bolsillo.* Esta facultad fué abolida por un voto de la cámara de los lores que sirve de reglamento. Los pares tienen, por último, el privilegio de consignar en un libro *ad hoc* su protesta individual contra toda ley votada por la mayoría; mas esa protesta, puramente platónica, debe hacerse en las cuarenta y ocho horas de haberse votado la medida que la motiva. Los menores, los locos y los que han hecho quiebra no pueden ser admitidos en esa cámara.

El lord gran canciller es presidente de derecho, sin elección; en caso de impedimento el canciller es sustituído por el *speaker* (orador), elegido para toda una legislatura y no para cada sesión. La cámara se reune los lunes, martes, jueves y viernes á las cinco de la tarde y no termina con frecuencia hasta la una ó las dos de la madrugada.

La cámara de los comunes se compone de 652 individuos, elegidos para siete años por los electores contribuyentes de los condados y de los burgos y por los electores agregados á las universidades. La renovación es íntegra, y la corona tiene el derecho de disolución. Los individuos de la cámara no pueden presentar su dimisión; pero pierden su mandato cuando aceptan un cargo asalariado por la corona, salvo el caso en que se les reelija. No perciben indemnización alguna; sólo el presidente disfruta un sueldo de 6.000 libras esterlinas (150.000 pesetas).

La cámara no comprueba los poderes de sus individuos y transmite á un tribunal especial las peticiones que tienen por objeto anular la elección.

No hay mesa, y sí sólo un *speaker*, que hace las veces de presidente; es elegido por la cámara para toda la legislatura, y su nombramiento debe confirmarse por el lord canciller en nombre de la corona.

La cámara se reune los lunes, martes, jueves y viernes desde las dos á las seis de la tarde, y puede deliberar cuando se reunen cuarenta individuos.

En Inglaterra, el rey reina, los ministros gobiernan y el parlamento inspecciona, es decir, el poder ejecutivo propone, de donde se sigue que las cámaras no pueden deliberar sino por iniciativa del ejecutivo.

La cámara de los comunes sólo relativamente es dueña de fijar su orden del día. De cada cinco días, cuatro están á disposición del ministerio, y uno solo por semana resérvase para los *bills* de iniciativa individual; pero éstos no tienen nunca un carácter financiero absoluto, pues la costumbre es que solamente el ministerio pueda pedir á las cámaras un aumento de cargas públicas. Los diputados se nombran sobre todo para hacer economías, y no para acrecentar los gastos que el ministro de Hacienda estime indispensables. Este ministro tiene por sí solo la responsabilidad del presupuesto, y cuando la cámara no está satisfecha, propone la reducción de aquél, y si el ministro no acepta pierde su cargo.

Los ingleses no conocen la *comisión* de presupuestos, y entre ellos el parlamento no puede tomar prácticamente ninguna iniciativa potética. El hecho de no haber en ese país sino dos grandes partidos es resultado de una disciplina rigurosamente observada. Ningún diputado quiere ser el primero, y los partidos se disciplinan entre sí con ayuda de verdaderos comisarios de policía, á quienes se da el nombre de *whips*. Estos *whips* cuidan de hacer observar las reglas de disciplina establecidas por la práctica de la experiencia.



ENTRE VIEJOS IN-FOLIOS, cuadro de Ed. Grussner



EL DIVINO PASTOR, copia del precioso cuadro de Murillo, grabada por Baude

Existente en el Museo del Prado de Madrid

Admítese que la conciencia de un diputado puede y debe modificarse por la discusión, resultando de aquí la conclusión práctica que sólo pueden votar los presentes; y para que esta regla no pueda violarse adóptase el sistema de división que está en uso. Comenzada la votación, nadie puede hablar. Los *whips* tienen las señas de todos los individuos de su partido, y en el período posible de un voto de confianza, estos últimos deben dejar á aquéllos las indicaciones necesarias para hacerlos venir en 30 minutos.

Cada individuo tiene su cuenta por partida doble en los libros del *whip*, y cuando el partido sube al poder, como el primer *whip* es *jefe del patronato*, si algún individuo solicita un favor, el balance de su cuenta decide la negativa ó la afirmativa. De este modo no puede llegarse á figurar á la cabeza de un partido sino por méritos y servicios prestados; y por eso cuando hay un cambio de poder, está indicado ya el que ha de ocupar el primer puesto.

El cuerpo electoral que nombra los individuos de la cámara de los comunes comprende 5.000.000 de electores; y el sufragio universal no agregaría más de 1.880.000 votos. Para ser elector es preciso contar 21 años, y no estar sometido á ninguna incapacidad, siendo necesario además justificar un censo determinado. En los burgos son electores: 1.°, los que ocupan como inquilinos ó propietarios el 15 de julio y desde un año antes por lo menos una casa habitación ó parte de ella, y que han pagado el importe de la contribución de los pobres impuesta sobre los locales por ellos ocupados; 2.°, los que ocupan el 15 de julio y hace un año un local cuyo alquiler no baje de diez libras (250 pesetas).

En los condados son electores: 1.°, los que poseen el 31 de julio, desde hace seis meses al menos y por un tiempo indeterminado, inmuebles de una renta anual neta de cinco libras (125 pesetas) el mínimo, además de todos los impuestos y cargas; 2.°, los que ocupan el 31 de julio, desde hace un año por lo menos, como colonos ó cesionarios, inmuebles por el tiempo que falte de un plazo al menos de 60 años, si la renta anual mínima es de cinco libras, además de todos los impuestos y cargas; 3.°, los que ocupan el 31 de julio desde hace un año, á título de propietarios ó inquilinos, inmuebles de un valor imponible de 12 libras (300 pesetas) por lo menos. Los *maestros de artes* de las universidades del Reino Unido no han de satisfacer esta última condición, y en la *Cité de Londres* basta para disfrutar del derecho electoral ser habitante de aquélla ó individuo de una de las corporaciones ó asociaciones de la Cité, con seis meses de residencia en ella ó en un radio de veinticinco millas.

Están privados del derecho de sufragio: 1.°, los pares del reino; 2.°, en las funciones que ejercen, los magistrados de la policía metropolitana del censo que forman parte de la policía; 3.°, todo individuo que seis meses antes de la elección ó durante la misma ha sido agente electoral asalariado; esta incapacidad sólo existe en la circunscripción donde actuó.

Las listas electorales se forman en las parroquias por los *overseers* (administradores de los pobres), y en los burgos por los alcaldes, siendo luego anunciadas.

Todo elector es elegible, exceptuando los jueces de los tribunales superiores, de los tribunales de condados y de los de policía; los abogados de revisión de las listas electorales; los individuos del clero anglicano ó católico; los funcionarios de los condados, ciudades ó burgos, en el ejercicio de sus funciones; los pensionados por el gobierno, los agentes del ejército, los abastecedores del gobierno, etc.

Hay incompatibilidad recíproca entre las funciones como individuo de una y otra cámara.

X

LOS HOMBRES DE BIEN

Son estos tales de lo más perjudicial del mundo.

A nuestros lectores les parecerá tal vez esta afirmación paradógica; pero no hay nada de eso, y vamos á probarlo.

Los *hombres de bien* no sirven para maldita de Dios la cosa. No se meten en nada, pero en cambio dejan que los tunantes se metan en todo.

¿Se trata de la cosa pública? Los *hombres de bien* no son carlistas, ni conservadores, ni radicales, ni fusionistas, ni republicanos. Un bledo les importa que haya un gobierno ó que haya otro. Indiferentes á todo, dañan á su país con la inercia de su conducta y su carácter, y por abandono de su influencia natural y de los medios que la ley pone en sus manos, asisten desde el trono de su beatitud á cuantos horrores y á cuantos daños trae consigo la mala gestión de los negocios públicos.

Déseles derechos que ejercitar á estas gentes, y se verá el caso que hacen de ellos.

Se fijarán en el vestíbulo de las Casas Consistoriales las listas de electores y èlegibles; pero ellos, los *hombres de bien*, no irán á mirarlas siquiera; y menos por supuesto acudirán á reclamar inclusiones ni exclusiones en aquéllas. Es para los *hombres de bien* engorroso todo eso, y se hallan mejor en su casa al calor de la estufa en el invierno y al fresco del patio en el verano.

Si los muñidores electorales les abordan en su domicilio, porque el *hombre de bien*, á pesar de su inercia, figura en las listas electorales sin que él haya hecho cosa alguna para ello, se disculpará con que él no es de los unos ni de los otros; con que es un *hombre de bien* y nada más; que no lee periódicos, ni tiene partido, ni conciencia política, ni doctrina económica, y aun debiera añadir ni sentido común.

Algunos de nuestros políticos son *hombres de bien*, pero de estos que incondicionalmente se ponen á disposición de jefes indiscutibles. Cierran las compuertas de su razón. Renuncian á su propio criterio. Así los maltraten, no ponen límite á su servilismo, tal es la palabra, é incondicionalmente votan y escriben lo que se les manda; y aquí, donde todo se discute, desde lo más sagrado á lo más profano, sólo son indiscutibles é irremplazables los jefes de partido, que además son ilustres *per se*, sin parar mientes en que todo esto de la indiscutibilidad sea porque habrá alguno que no pueda resistir á la discusión de sus antecedentes y de sus procedimientos, y que en lugar de tener lustrosa superficie y brillante fondo, tal vez tenga uno y otro de color mate obscuro.

Si el *hombre de bien* es aristócrata, y rico por añadidura, le basta con los placeres del *sport* y con las emociones cinegéticas por toda ocupación, y con no hacer nada en pro de su patria ni casi en pro suyo tampoco. Cobrará sus rentas, se las comerá y Cristo con todos. Figurar en el ejército ó en la marina; viajar, instruirse, venir al Parlamento, tener iniciativa, glorificar á su propio país, es una serie de molestias que no hay para qué tomarse Dejar que otros se lo presenten frito y en un plato es lo mejor. La aristocracia inglesa, y aun la alemana, obra de otro modo. Pero ¿qué tenemos nosotros que ver con ingleses ni alemanes?

Los *hombres de bien* de la clase media son más perjudiciales aún. Ellos confiesan que no pueden con los tributos que otros les imponen; que los asuntos públicos llevan mal camino; que pudiera tomarse otro mejor, y no les falta inteligencia para administrar, contener ambiciones y llevar el estímulo á los que se afanan por la gloria de su patria; pero como son *hombres de bien* dejan al mundo que ruede; y en cuanto á la sociedad, dejan también que otros le den el impulso que les convenga adoptar para su particular provecho.

Los *hombres de bien* legítimos, los que pudiéramos llamar de la auténtica tía Javiera, no deben un céntimo á nadie, pero en su vida han dado una limosna, ni han hecho una fundación, ni han protegido las artes ni las ciencias. El *hombre de bien* no tiene accidentes, y pone todo su esmero en evitarse molestias y emociones. Metódico como lo fuera una máquina de comer y dormir, se da cuerda á sí mismo, marcándose *a priori* todo lo que tiene que hacer en el año. No es capaz de matar una mosca, ni de espantarla aunque le pique, pero tampoco hará un favor á nadie aunque se lo prediquen frailes descalzos.

Oirán misa entera, desde un banco, todos los domingos y fiestas de guardar, y comulgarán por Pascua florida, ni más ni menos. Se casarán á los cuarenta años. habiéndolo pensado desde los veinte, no para dar hijos al cielo, como nos encarga la Religión, ni para la patria, como parece natural, sino para tener los menos posibles, criados con ama fuera de casa y después en colegio de internos para quitarse de ruidos.

Como *hombres de bien* que son, no engañarán á nadie más que á su propio país, que naturalmente debiera esperar que fueran miembros útiles en la sociedad de su tiempo y son planta marchita sin savia, sin verdor y sin fruto.

Con los *hombres de bien* nadie cuenta, porque nadie puede contar.

Ideas generosas, pensamientos patrióticos, fecundas iniciativas y música celestial, para los *hombres de bien* es lo mismo.

¿Ateneos y Academias?... Pura palabrería.

¿Prensa periódica?... Buena para envolver comestibles peninsulares y ultramarinos.

¿Cortes, Parlamento, Cámaras?... Garrulidad sempiterna.

¿Teatros?... Escuela de malas costumbres, donde para asistir hay que trasnochar.

¿Historia?... Especie de monserga que no tuvo en cuenta aquel señor diputado que trató de definir lo que San Agustín no pudo, á la Santísima Trinidad.

¿Novelas?... En pasando de *Bertoldo* y no entendiendo el *Don Quijote*, basta.

¿Ciencias?... ¿Para qué?

¿Artes?... El culinario y no la sublimidad de Brillat Savarin, de Lardhy, de Fornos y del Suizo. Sota, caballo y rey, como llamamos en España á una comida modesta.

Asociación compuesta de un solo individuo el *hombre de bien*, que por serlo no quiere asociarse con nadie, ni con su mujer, sino en casos muy urgentes.

Entre los pecados mortales no figura, al menos con su propia denominación, el egoísmo; pero lo recomendamos á los padres de la Iglesia para el primer concilio ecuménico que se celebre.

Porque de fijo, los *hombres de bien* están siempre en pecado mortal.

Ellos no ayudan á la justicia si los aspan; aunque se abstengan por su parte de faltar personalmente á la justicia.

Si arde la casa del vecino y el viento sopla contrario para la suya, no hay miedo que un *hombre de bien* se moleste en lo más mínimo para apagar el incendio.

Cuando existía la milicia nacional forzosa, pagaban las guardias por no hacerlas.

Cuando en tiempo de revueltas se han formado patrullas de vecinos honrados para defender la propiedad, le han dado su escopeta á cualquier dependiente, y se han quedado tan frescos en su casa, dado que las revueltas, como los baños minerales, siempre entran en actividad desde junio á septiembre.

Los *hombres de bien* de clase más inferior son tontos generalmente. Si son pretendientes y cesantes, creen en la palabra de los ministros y esperan, esperan hasta el día del juicio final la realización de sus esperanzas sin permitirse una queja, una intriga ni una mala conspiración.

Si autores inéditos, creen primero en Dios y después en la caridad y la filantropía de los editores, debiendo limitarse á lo primero.

Si casados, abdican en sus mujeres á fuer de *hombres de bien*, sin cuidarse demasiado si de sus esposas se puede decir lo mismo, teniendo en cuenta la substancial femenina variación de sexo. A estos *hombres de bien* les llama el vulgo calzonazos, porque sin duda les vienen los calzones muy grandes y se les caen á lo mejor.

Si son padres, los chicos fuman de su tabaco, y las niñas para trapos y moños les limpian sin sentir los bolsillos del chaleco.

Ello es que los *hombres de bien* hacen en el mundo un tristísimo papel y que debiera haber en el Código algún artículo que los cobijara de medio á medio; es decir, que los partiera por la mitad.

Si los *hombres de bien* son menestrales honrados ó braceros no llegan á ninguna parte. Aquéllos no venden lo que producen ni pueden alquilar su trabajo. Estos no tienen cabida en obras públicas ni particulares; porque á fuerza de ser *hombres de bien* ni adulan al capataz ó maestro, ni saben promover una huelga que ponga á su patrón en aprieto grave, ni entienden de socialismo una palabra.

En cambio les arañan sus mujeres, les increpan sus hijos, el tendero no les fía y tienen que reservarse el cordel de tender la ropa para utilizarlo en sí propios en caso necesario.

Si el *hombre de bien cae* soldado, no pasa de ranchero ó está siempre de imaginaria, porque no sirve para otra cosa.

Si es colegial, es constantemente el designado para leer vidas de santos mientras los otros comen.

Si cofrade de alguna asociación religiosa, lleva el pendón constantemente, que es lo que más pesa.

Si pobre de solemnidad, lo encierran en San Bernardino, donde no puede ejercer su, en muchos casos, productiva industria.

De modo que los *hombres de bien*, según su clase y posición, se dividen no más que en dos secciones: la de los egoístas y la de los tontos.

Véase, pues, si son otra cosa que una verdadera calamidad los tales individuos.

Pero el carácter general de los *hombres de bien* es una cosa así como los habitantes del Limbo, ni pena, ni gloria, ni cielo, ni infierno, departamento cerrado hoy por falta de aplicación, *ni chicha ni limoná*; porque los hombres han de ser buenos y útiles, sin necesidad de que sean *hombres de bien* en el sentido con que los hemos reseñado, ó malos que merezcan la execración divina y humana.

En una palabra: que los *hombres de bien* no sirven y debiera relegárseles á la tierra de Babia por egoístas á los unos y por tontos á los demás.

Agustín González Ruano



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONCLUSIÓN)

El horroroso convoy de carne sacrificada se dirigía lentamente hacia la ciudad, hacia los hospitales; pero los carruajes se detuvieron á cien pasos de la posición ocupada por los guardias nacionales, delante de una casa en donde habíase establecido una ambulancia provisional y en donde dejaban á los heridos menos transportables. El atractivo funesto, pero tan poderoso, que ejercen en el hombre los espectáculos horribles llevó allí á Amadeo Violette. Esta casa respetada del bombardeo y protegida contra el pillaje é incendio por la bandera de Ginebra, ofrecía el tipo de casita de recreo con que sueña todo tendero que ha hecho fortuna. Nada faltaba en ella; ni los leones de loza de la gradería, ni el jardincito con bolas de vidrio, ni el pilón rodeado de rocas artificiales para los peces encarnados. En los calurosos días del pasado estío, las miradas de los pasajeros debieron sorprender en aquella vivienda á un grupo de hombres en mangas de camisa y de mujeres con vestidos claros, comiendo un melón en familia. La imaginación del poeta, que conocía los alrededores de París, recordaba quizá aquel cuadro, cuando de repente se asomó á una ventana abierta en el primer piso un joven practicante, limpiándose las manos en su delantal manchado de rojo, y dirigiéndose á un enfermero militar, en quien Amadeo no había reparado, que tendía ropa blanca en una cuerda del jardín, exclamó:

– ¡Vamos con mil demonios!, Vidal. ¡Esas vendas! ¿Las traerás hoy ó el día del juicio?

– Haga usted el favor de apartarse, – dijo al propio tiempo una voz suave cerca del poeta, que se separó para dejar paso á dos camillas conducidas por cuatro hermanos de la Doctrina Cristiana.

Amadeo hizo un gesto y dió un grito de espanto y de sorpresa; pues en los dos heridos, privados de sentido, que llevaban en las camillas, reconoció á Mauricio Roger y al coronel Lantz.

¡Heridos, sí, heridos mortalmente no hacía una hora!

La cosa iba mal para nuestros soldados allá en la orilla del Marne. Habíase cometido la torpeza de conceder todo un día de descanso dando al enemigo tiempo de concentrar sus fuerzas. Cuando se quiso atacar de nuevo, nuestras tropas se estrellaron contra masas compactas y formidable artillería ¡Dos generales muertos! ¡Tantos valientes fuera de combate! Por eso una vez más se batían en retirada, perdiendo terreno.

Bajando la cabeza y encogiendo los hombros, inclinado sobre la silla, más por desaliento que por cansancio, uno de los generales con los gemelos en la mano observaba desde lejos nuestras líneas que se replegaban.

– Si al menos pudiéramos fortificarnos allí y establecer un reducto... en una noche y con un centenar de hombres podría hacerse todo. Esa posición es buena, y me parece que está fuera de tiro de los enemigos.

– Podemos intentarlo, mi general, – respondió una voz tranquila.

Era el coronel Lantz, el *viejo estantigua*, que estaba allí de pie, acompañado de Mauricio y de tres ó cuatro ingenieros auxiliares; y ¡á fe mía! á pesar de los cinco galones de su kepis que parecía datar de la «Smala» de Horacio Vernet, el pobre hombre, con los anteojos en la nariz, su largo gabán y su carrillera de color de pimienta, no tenía más prestigio que un guardapaseos, uno de esos veteranos que amenazan con el bastón á los chiquillos para impedirles que anden sobre el césped.

– Cuando digo que la artillería de los alemanes no alcanza hasta allá, –

murmuró el jefe, – no estoy bien seguro... En fin, tiene usted razón, coronel. Conviene enterarse... Envíe usted, pues, á dos de esos señores.

– Con permiso de usted, mi general, – dijo el coronel Lantz, – iré yo mismo.

Y Mauricio Roger, en un arranque de elegante bravura, añadió en seguida:

– Pero no sin mí, ¿verdad, mi coronel?

– Como ustedes gusten, – dijo el general, que miraba con los gemelos hacia otro punto del campo de batalla.

Seguido por el hijo único de un compañero de armas de Africa y Crimea, el lavador de acuarelas marchó al fuego tan tranquilamente como cuando iba al ministerio con el paraguas debajo del brazo. Mas en el momento en que los dos oficiales llegaban á la meseta, un proyectil disparado por las baterías prusianas cayó sobre un arcón, haciéndole explotar con terrible estrépito.

El suelo se cubrió de cadáveres y de heridos, y el coronel Lantz vió cazadores que huían y artilleros enganchando sus piezas precipitadamente.

– ¡Cómo!, – exclamó, irguiéndose cuan alto era. – ¡Abandonan la posición!

El rostro del coronel se transfiguró.

Abriendo su viejo gabán, que dejó ver su peto de terciopelo negro, en el que brillaba la cruz de comendador, tiró de la espada, se enderezó el kepis, y con los cabellos grises flotando al viento y los brazos abiertos se puso delante de los fugitivos.

– ¡Alto!, – mandó con voz tonante. – ¡Media vuelta, desgraciados, media vuelta!... Ocupáis un puesto de honor... ¡A las filas, hijos míos!... ¡Artilleros, á las piezas!... ¡Viva Francia!

Entonces una nueva bomba estalló á los pies del coronel y de Mauricio, y cayeron los dos...

Amadeo, tambaleándose de emoción y con el corazón henchido de dolor y espanto, entró en la ambulancia detrás de las dos camillas.

– Colocadlas en el comedor, – dijo un enfermero á los conductores. – Allí no hay nadie todavía. El doctor no tardará en venir.

Y en seguida, el joven del delantal ensangrentado, después de echar una mirada á los dos heridos, hizo un gesto de compasión y se encogió de hombros, diciendo entre dientes:

«Todo es inútil, no vivirán mucho tiempo.»

En efecto, el coronel ya agonizaba.

Habíanle tapado con una manta de lana gris sobre la que se conocía la hemorragia por manchas húmedas que se extendían penetrando por la tela. Sin embargo, pareció que el herido volvía en sí; medio abrió los ojos y sus labios se estremecieron.

El médico, que estaba en el portal, acudió al lado de la camilla del antiguo oficial, y se inclinó hacia él.

– ¿Tiene usted algo que decirme? – le preguntó.

El coronel sin mover la cabeza, miró tristemente al cirujano, ¡oh, muy tristemente!, y con voz apenas perceptible, voz de fantasma, murmuró:

– Tres hijas casaderas... Tres... sin dote... tres... tres...

Luego exhaló un profundo suspiro. Sus azules pupilas se obscurecieron, alzáronse un poco hacia el párpado superior y tornáronse fijas y vidriosas. El coronel Lantz estaba muerto.

¡No desesperes, vieja Francia militar!

Tendrás siempre bajo tus banderas soldados de corazón sencillo, resignados de antemano al sacrificio, prontos á servirte por un pedazo de pan y á morir por ti, legándote confiadamente sus viudas y sus huérfanos! ¡No desesperes, vieja Francia, la de la guerra de los Cien años y del Noventa y dos!

Los hermanos que llevaban en la manga la cinta blanca con la cruz roja, arrodilláronse cerca del cadáver y rezaron en voz baja. Entonces el ayudante mayor reparó en Amadeo Violette, inmóvil en un rincón de la pieza.

– ¿Qué hace usted aquí?, – le preguntó bruscamente.

– Soy amigo de ese pobre oficial, – respondió el poeta, señalando á Mauricio, que estaba privado de sentido.

– Bien; pues continúe usted á su lado... Si pide de beber, ahí tiene usted tisana sobre la estufa. Ustedes, señores, – repuso el cirujano, dirigiéndose á los hermanos que se levantaban persignándose, – ¿supongo que volverán allá abajo?

Los preguntados inclinaron la frente silenciosamente. El de más edad cerró los ojos al muerto, y el ayudante mayor salió con ellos, diciendo en tono de mal humor:

«Procuren ustedes no traérmelos tan *in extremis*.»

Porque Mauricio Roger se moría también. Debajo de su chaqueta desabrochada se veía la camisa completamente ensangrentada y un hilo de sangre que brotaba de la frente corría por su rubio bigote; pero aún estaba hermoso, no obstante su marmórea palidez. Amadeo cogió con cuidado uno de los brazos del herido, que colgaba, y le colocó en la camilla, conservando entre las suyas la mano de su amigo. A este contacto, Mauricio se agitó débilmente y acabó por abrir los ojos murmurando:

– ¡Ah! ¡Qué sed tengo!

El poeta fué á buscar el bote de tisana y se inclinó sobre el desgraciado para darle de beber. Entonces en la mirada de Mauricio se retrató una expresión de sorpresa: reconoció á Amadeo.

– ¡Tú, Amadeo!... ¿Dónde estoy, pues?

Hizo un vano esfuerzo para incorporarse, volvió un poco la cabeza hacia la derecha, y á dos pasos de él vió el cadáver de su viejo jefe, con los ojos cerrados y el rostro apacible ya, después de los primeros minutos de perfecto reposo.

– ¡Mi coronel!, – dijo. – Comprendo... Ya me acuerdo... ¡Cómo huían!... ¡Estúpidos, cobardes!... Pero tú, Amadeo... ¿cómo estás aquí?

Y viendo las lágrimas que su amigo no podía contener:

– ¿No hay remedio, verdad?, – murmuró.

– ¡No, no!, – exclamó calurosamente Amadeo, – van á curarte en seguida... El doctor va á venir... ¡Valor, mi buen Mauricio, valor!

Mas de repente el herido sintió un gran escalofrío, apretó los dientes, y dijo con espantoso temblor en los labios:

– Tengo sed... Dame de beber, amigo mío,... dame de beber.

Algunos sorbos de tisana le calmaron un poco. Cerró los ojos como para descansar ó recogerse; pero un minuto después volvió á abrirlos, fijólos en el rostro de su amigo, y le dijo con voz que se extinguía:

– Sabes... María, mi mujer... cásate con ella... Ella... mi hijo... te los confío...

Luego, sin duda, agotadas sus fuerzas por la fatiga de haber pronunciado estas palabras, quedó aletargado en la camilla, cuya tela estaba empapada en su sangre. Poco después empezó el estertor. Amadeo, arrodillado al lado de Mauricio, con la mano de éste entre las suyas, lloraba; y en los intervalos que mediaban entre los hipos del agonizante, oía siempre, allá abajo, del lado de la batalla, el tronar no interrumpido del cañón, que mataba á otros.

XVII

¡Las hojas caen!

Esta hermosa tarde de octubre tiene una serenidad deliciosa Ni una nube en el azul intenso del cielo, donde el sol, que ha derramado desde por la mañana pura y armoniosa luz, comienza á declinar majestuosamente, semejante á un buen rey que envejece después de un reinado largo y próspero. ¡Qué aire tan ligero, apacible y fresco! Es seguramente el día más hermoso de este otoño. Allá abajo, en el fondo del valle, el río salpicado de puntos luminosos parece de plata líquida, y los bosques que bordean las orillas semejan de oro desleído y de cobre ardiente. El lejano panorama de París, grandioso y encantador, con todos sus edificios ilustres, y la cúpula de los invalidos, brillante como una joyería, limita el horizonte. Del mismo modo que una mujer tierna y coqueta que quiere que no se la olvide dedica á su amigo, en el momento de la partida, su más embriagadora sonrisa, así la otoñada se adorna en sus últimos días con toda su espléndida suavidad. ¡Pero las hojas caen!

En Meudón, en el jardín de la casa de campo que habita desde hace años, Amadeo Violette, que se ha casado poco después de la guerra con la viuda de Mauricio, y que ya tiene más de treinta años, se pasea solo en el terrado sombreado de tilos medio despojados de sus hojas, admirando el paisaje otoñal.

Amadeo ha conquistado la celebridad: ha trabajado mucho, fundando en obras de verdadero arte su reputación de poeta. Muy envidiado, y todavía juzgado frecuentemente con injusticia, pero estimado por su existencia digna, que llenan por entero los cuidados del arte, ocupa un puesto distinguido en la república de las letras. Aunque muy modestos, sus propios recursos le bastan para librarse de triviales preocupaciones. Viviendo lejos del mundo, en la estrecha intimidad de los que ama, no conoce las miserias de la ambición ni de la vanidad. Amado Violette debe ser dichoso.

Su antiguo camarada Pablo Sillery, que ha venido esta mañana á almorzar en Meudón; Pablo Sillery, condenado al esfuerzo cotidiano, á la existencia enervante y sin descanso del periodista, ha exhalado un profundo suspiro al instalarse en el vagón que le volvía otra vez á París al trabajo forzado, al artículo que pergeñar para el día siguiente, en medio del estrépido de la oficina de la redacción, al lado del cigarro interrumpido y dejado al borde de la mesa.

¡Ah! Amadeo no es digno de lástima.

Tiene comodidades, hogar, familia; no está obligado á gastarse como moneda suelta, ni á derramar sus talentos como perdigones. Puede detenerse cuando no se siente inspirado; puede pensar antes de escribir, y producir cosas buenas. No es, pues, sorprendente que en la atmósfera de afectos que le rodea, conciba verdaderas obras artísticas, libros simpáticos llenos de naturalidad. En primer lugar, adora á su mujer, esto salta á la vista, y se ha acostumbrado á considerar como hijo suyo al pequeño Mauricio, á ese tunantuelo de diez años, tan elegante y espigado, con sus largos cabellos de infante real. Seguramente que en la señora de Violette se adivina un disgusto inolvidable, algo como muerto ó deshecho; ¡pero mira á su marido sin cesar con una expresión tan buena de gratitud! Y ¿hay nada más conmovedor que esa Luisa Gerard, esa excelente solterona, alma de la casa, que encuentra medio de que reine en ella el orden gracioso y el bienestar elegante, rodeando al mismo tiempo de cuidados á la mamá Gerard, la abuela paralítica? ¡Ciertamente! Amadeo ha arreglado bien su vida. Ama y es amado. Se ha creado hábitos seguros y gratos para su corazón y para su talento. ¡Vamos! Es un dichoso y un sabio.

Mientras Pablo Sillery, hundido en el coche del tren, envidia á su amigo, Amadeo, retenido por el encanto de aquel hermoso día que va á terminar, se pasea lentamente y se entretiene bajo los tilos del terrado.

En torno suyo las hojas caen.

Acaba de levantarse una débil brisa. El azul del cielo palidece un poco. Allá abajo en el arrabal de París más cercano comienzan á resplandecer las ventanas bañadas por los rayos oblicuos del sol poniente. Pronto será de noche, y sobre la alfombra de hojas secas que chascan bajo los pasos del poeta, caen otras hojas. Caen poco á poco, lenta, pero continuamente. La escarcha de la noche anterior las ha quemado. Las que aún quedan en los árboles, arrugadas y de color mohoso, están medio desprendidas, y por muy ligero que sea el viento que sopla las va dejando caer una á una. Desgajándose de la rama, dando vueltas un instante entre la luz dorada, se desprenden al fin produciendo un sonido triste y se reunen á sus hermanas, ya marchitas, que tapizan la arena de la avenida. ¡Las hojas caen, las hojas caen!

Amadeo Violette se siente invadido por la melancolía.

Debía ser dichoso. ¿Qué puede reprochar al destino? ¿No tiene por mujer á la que ha amado y deseado siempre? ¿No es para con él la más dulce, la mejor de las compañeras? Sí, pero él sabe demasiado que ha consentido en ser su esposa sólo por obedecer á la orden suprema de Mauricio; sabe demasiado que su corazón está sepultado en la tumba del soldado muerto en Champigny. María esconde en su alma un secreto altar de recuerdos, en el que Amadeo no es ni será nunca admitido y en donde vela constantemente, como una lámpara de santuario, la memoria del muerto adorado, del hombre á quien ella, virgen amorosa, se había entregado sin reserva, del padre de su hijo único, del héroe que se arrancó de sus brazos para ofrecer su sangre á la patria.

Amadeo puede estar seguro de la gratitud, de la abnegación de su mujer; pero nunca poseerá su amor. Rival póstumo, Mauricio se interpone entre ella y él. ¡Y sin embargo, Mauricio ha amado bien poco y bien mal á la pobre María! Debía ella acordarse de que primeramente la sedujo de un modo poco digno, que pensó en abandonarla, y que, sin Amadeo, no hubiera llegado á ser su mujer. ¡Y si supiera que en París, durante el sitio, cuando ella estaba lejos, era engañada por Mauricio, que olvidando sus sagrados deberes pasaba los mejores ratos al lado de mujerzuelas! Pero no lo sabrá. Amadeo es demasiado delicado para tocar á la memoria del muerto, y además respeta y admira en María esa fidelidad de sentimiento é ilusión. Y sin embargo, esto le hace sufrir. Aquella á quien ha dado su nombre, su corazón y su vida, se muestra en el fondo inconsolable.

Debe, pues, resignarse. Casada segunda vez, María continúa viuda en lo más recóndito de su alma, y es en vano que se ponga trajes claros: su sonrisa y sus ojos están siempre de luto.

¡Su Mauricio! ¿Cómo podrá olvidarle, cuando revive cerca de ella en su hijo, en este hermoso hijo del amor, que se llama también Mauricio y cuyo expresivo y gracioso semblante ofrece tan notable parecido con el de su padre?

Amadeo tiene el presentimiento de que dentro de algunos años, este niño será otro Mauricio, con los mismos atractivos y los mismos vicios. El poeta no olvida que su amigo expirante le confió el huérfano, y trata de ser bueno y justo para con él, educándole bien. A veces siente amargo enternecimiento al ver reproducidos en el niño las facciones y los instintos del hombre que le fué tan querido y que le hizo tanto mal; mas á pesar de todo, él, cuyo matrimonio es estéril, no puede experimentar sentimientos de padre por un hijo ajeno.

¡Y envidian al pobre Amadeo! La poca alegría de que goza está mezclada de disgustos y tristeza, y no puede confiarlos á la excelente Luisa, que, sin embargo, los adivina; á Luisa, en quien ahora sospecha el secreto sentimiento que ahogado valerosamente abriga hacia él; á Luisa, que es el genio benéfico del hogar. ¡Si él la hubiera comprendido en otro tiempo!... ¡Quizá hubiese encontrado en ella la dicha, la verdadera dicha!

¡Las hojas caen, las hojas caen!

Después del almuerzo, fumando cigarrillos y paseando á lo largo de los macizos de dalias, en donde las gruesas y doradas arañas de otoño tejen sus telas, Amadeo Violette y Pablo Sillery hablan del pasado, de los compañeros de juventud. No es por cierto conversación muy alegre; pues desde aquel tiempo han sobrevenido la guerra, la *commune*, el fin del mundo. ¡Cuántos muertos! ¡Cuántos desaparecidos! Además, esta revista retrospectiva enseña que se equivocaban completamente respecto á muchas personalidades, y que en resumidas cuentas sólo impera la casualidad.

«Fulano de tal,» á quien en otro tiempo se consideraba como á gran prosista, como á jefe de escuela, cuyas doctrinas artísticas difundían cinco ó seis jovenzuelos, discípulos fieles, tratando de imitar el corte de su chaleco y hasta su modo de hablar apretando los dientes; «fulano de tal» se halla reducido á escribir en periódicos pornográficos cuentos repujados y cincelados como los obscenos marfiles del Japón. «Zutano,» el fogoso revolucionario, ha pedido un buen empleo, y en cambio, el modesto «mengano,» un comparsa, un fondo de cuadro apenas conocido en los cenáculos, ha publicado sencillamente libros exquisitos, obras maestras.

Todos los melenudos y todos los barbudos, han seguido igualmente caminos inesperados. Pero sobre todo, los políticos son sorprendentes por la variedad de sus destinos. Entre los parroquianos de la hora del ajenjo en el café de Sevilla, se encuentran ocho diputados, tres ministros, dos embajadores, un receptor general y treinta presidiarios que aguardan en Numea la tardía hora de la amnistía. Bien considerado, el más interesante es ese sectario imbécil, Dubief, el viejo fanático, que sólo bebía agua azucarada; porque él, al menos, se hizo matar en la acera por el fuego de un pelotón de los versalleses.

Uno de los personajes cuyo recuerdo disgusta más á los dos amigos es el saltimbanqui Arturo Papillón.

El sufragio universal, con su inteligencia de costumbre, no ha podido menos de elegir á ese tonto y frasista, que hoy día se mueve como el pez en el agua en medio de la cloaca política. Enriquecido pronto con la pesca de una considerable dote, ha sido sucesivamente diputado, ponente de comisión, secretario, vicepresidente, presidente de grupo, subsecretario de Estado; todo cuanto es posible ser, en una palabra. Al presente truena contra el clericalismo, y su mujer, fea, rica y piadosa, acaba de meter á su hija en *Les Oiseaux*. Aún no ha gastado cartera; pero no hay cuidado, ya llegará á eso. Es vanidoso, está lleno de confianza en sí propio, no es más honrado de lo que hace falta y se impone. A menos que para entonces no se decida establecer un turno á fin de que todos los diputados sean ministros, ó jugar las carteras al as de oros (lo cual no sería tan tonto), Arturo Papillón es el hombre indicado, necesario, fatal en tres ó cuatro combinaciones.

Entonces ¡pobres de nosotros! Su elocuencia lloverá á chaparrones, y será uno de los microbios más agitados del caldo del cultivo parlamentario.

¿Y Jocquelet?... ¡Ah! Los dos amigos sólo necesitan pronunciar su nombre para reir á carcajadas; porque el ilustre actor llena en la actualidad al mundo de su gloria y de ridiculez. Desde hace mucho tiempo Jocquelet ha roto la cadena que le sujetaba á los teatros de París. Como la bandera tricolor, ha dado varias veces la vuelta á Europa. Como el pabellón inglés, ha surcado todos los océanos.

Es el gran cómico de la legua, y todas las capitales del mundo esperan pataleando de impaciencia que se digne derramar sobre ellas el bienhechor maná de sus monólogos. En Chicago, en donde han desenganchado la locomotora que le conducía, tuvo intención, en vista de tal homenaje proporcionado á su mérito, de hacerse naturalizar como ciudadano americano. Pero le han propuesto un nuevo viaje artístico por la vieja Europa, y por recuerdo filial (los grandes corazones tienen estas debilidades) ha consentido en venir todavía una vez más entre nosotros. Como siempre, ha recolectado montones de oro y de laureles. Sin embargo, al llegar por mar á Stockolmo, se ha sorprendido penosamente de que la escuadra no le haya saludado con salvas de artillería, como lo hizo poco ha en honor de una célebre cantante. ¡Tenga cuidado la diplomacia! Jocquelet se muestra frío con la corte de Suecia.

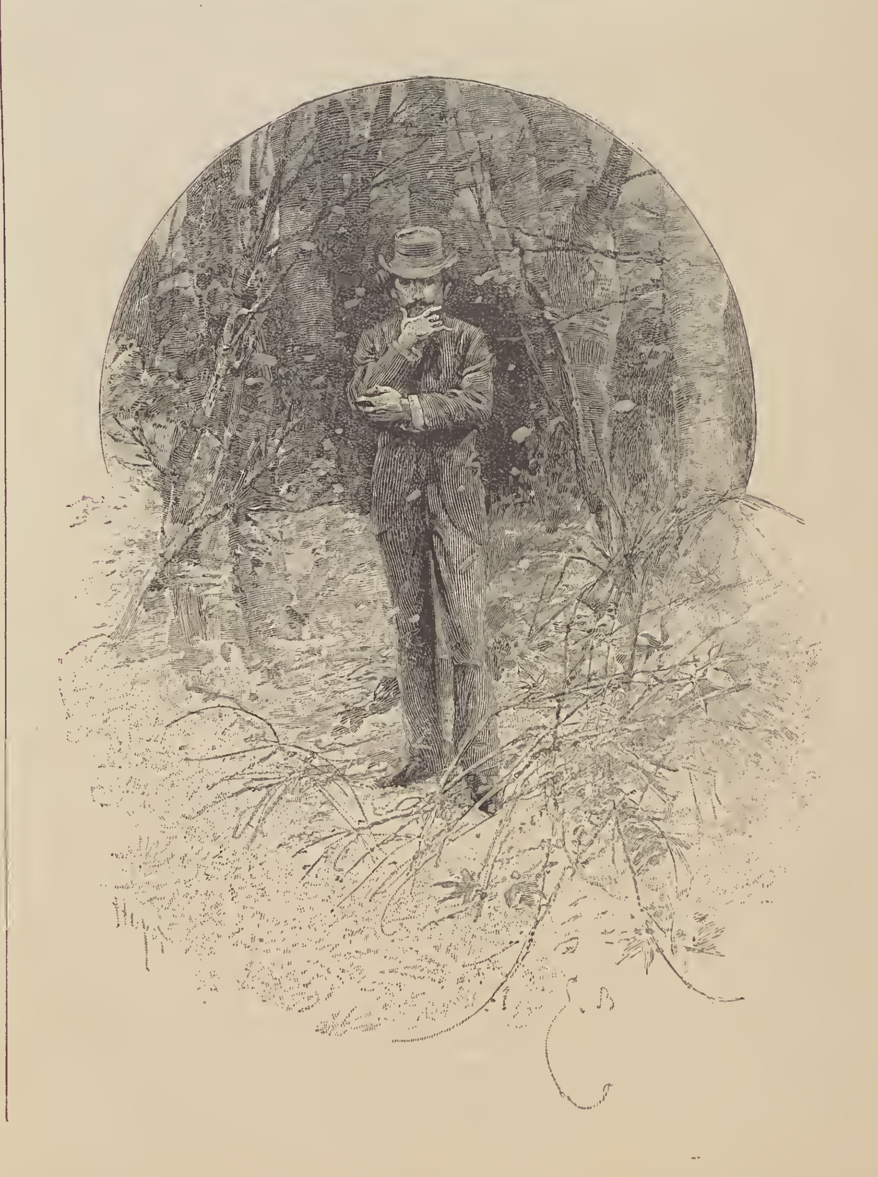
Después de marcharse Pablo Sillery, Amadeo da vueltas á la memoria recordando muchas cosas pasadas, y evoca otras figuras medio borradas: como por ejemplo, la de la señora de Roger, á quien ha debido tratar menos, con motivo de su matrimonio con María, respetando el luto trágico de aquella madre. No obstante, algunas veces lleva á su casa al pequeño Mauricio. La desgraciada señora ha recogido y dotado á las tres hijas del coronel Lantz. Amadeo también suele acordarse del lindo perfil de Rosina Combarieu, su compañera de infancia, á quien encontró una noche en Bullier y á quien no ha vuelto á ver desde entonces ¿Qué habrá sido de la pobrecilla? Amadeo casi cree que ha muerto... ¡Ah! ¡Qué tristes son los antiguos recuerdos en otoño, á la caída de las hojas, cuando se pone el sol!

El astro del día se ha puesto ya, hundiéndose en el horizonte y extinguiéndose de súbito. En el paisaje obscurecido, en el vasto cielo de color de perla, se derrama el fúnebre estremecimiento que sucede al adiós del día. Los vapores blancos de la ciudad se tornan grises y el río parece un espejo empañado. Hace poco, iluminadas por el último rayo de sol, las hojas muertas semejaban al caer una lluvia de oro; ahora parecen negra nieve.

¿Dónde están tus esperanzas é ilusiones de otro tiempo, Amadeo Violette? Esta tarde, en la rápida fuga de los años, sueñas con las margaritas blancas de cementerio que empiezan á florecer en tus sienes. Tienes la prueba hoy día de que el amor recíproco es absolutamente imposible en este mundo. Sabes que la dicha, ó lo que así se llama, sólo existe en parte, que no dura más que un minuto, que es frecuentemente mediana, y que el día de mañana es amargo: sólo esperas consuelo en tu arte. Abrumado por el monótono fastidio de vivir, pides el olvido á la embriaguez de la poesía y del ensueño. ¡Ay! ¡Ha acabado tu juventud, pobre sentimental! ¡Las hojas caen, las hojas caen!

FRANCISCO COPPÉE

TRADUCCIÓN DE FLORENCIO MORENO GODINO



SECCIÓN CIENTÍFICA

VELOCÍPEDO NÁUTICO-TERRESTRE

Este aparato, ensayado recientemente en Marsella, funciona con igual facilidad por tierra que por mar; pertenece al modelo *triciclo*, se mueve por medio de



Nuevo velocípedo náutico-terrestre, representado en el momento de salir del mar. Experimento verificado en Marsella. (De una fotografía del autor.)

pedales, lleva un freno, se gobierna con una palanca transversal, gira fácilmente sobre sí mismo y pasa sin transición de tierra firme al agua y viceversa. Supónganse dos platos unidos por sus bordes, ó bien las ruedas de un triciclo flanqueadas en ambas caras por dos medias conchas de palastro de 10 centímetros de profundidad y de un diámetro igual al de las ruedas, y se tendrá una especie de lentes biconvexas, huecas, ligeras y resistentes, cuya rigidez está asegurada por virotillos. Estas lentes ruedas van provistas en su canto de una estría en donde encaja un grueso cordón de caucho que suaviza los movimientos, y llevan, además, en su cara externa una docena de pequeñas aletas de cobre que hacen las veces de las paletas de las ruedas de un vapor. El grabado que reproducimos indica suficientemente las disposiciones del aparato. Un primer modelo de éste tenía por ruedas troncos de cono opuestos por la base, al paso que en el segundo, que es el que representamos, las ruedas son casquetes esféricos y reciben el movimiento por medio de una cadena Galle; su diámetro es de 1'40 metros, la distancia que las separa de 1'25 y su espesor en el eje de 0'20; la silla se alza á 0'60 sobre el eje principal y el hundimiento de las ruedas en el agua es de 0'40.

Los primeros ensayos del aparato dieron una velocidad de 3.900 metros por hora, empleando 6 aletas de 5 centímetros de ancho en cada rueda trasera, en vez de las 12 aletas de 8 centímetros que el aparato llevará. El esfuerzo muscular necesario para comunicarle aquella velocidad es casi igual al que necesita un triciclo en un camino llano. La evolución completa puede hacerse en un círculo de unos 3'40 metros de diámetro.

Para demostrar la perfecta estabilidad del aparato, un corpulento nadador simuló un hombre que en peligro de ahogarse se agarra en todos sentidos y en las más extrañas posturas á todas las partes del velonáutico; el aparato resistió perfectamente y el velocipedista no pudo ser desmontado. Y aun cuando se logre derribar el aparato, éste puede servir de balsa y llevar dos hombres además del que lo guía.

El velo-náutico, sin embargo, no ha pasado del período de ensayo, y su inventor M. Romanés, mecánico de marina, y su constructor M. Rousseau, jefe de una importante fábrica de velocípedos de Marsella, se preparan á perfeccionar su aparato, con compartimientos estancos, diminución del peso de las ruedas, de manera que pueda obtenerse fácilmente en el agua una velocidad de 7 kilómetros por hora.

De las pruebas verificadas resulta que la ligereza del aparato, su fácil manejo, la débil resistencia experimentada en plena inmersión y sobre todo la facilidad con que permite pasar de una carretera á un lago, á un estanque, al mar y viceversa, hacen del velo-náutico un invento útil, un aparato de gran aplicación, no sólo como recreo, sino como medio de salvamento.

LÁMPARA ELÉCTRICA DE ACUMULADORES PARA MINAS

Conocida es la poca garantía de seguridad que ofrecen las lámparas de aceite actualmente empleadas en las minas. En medio de las muchas tentativas hechas para evitar sus inconvenientes, ha venido la electricidad á dar al problema una solución, si no perfecta, menos imperfecta que los demás sistemas existentes.

Las condiciones que hay que llenar son muy complejas, porque el aparato ha de ser á la vez ligero, sólido, de construcción sencilla, barato, de fácil manejo y de entretenimiento casi nulo; además la lámpara no ha de presentar ningún contacto exterior que pueda producir una chispa y determinar una explosión, ha de alumbrar 8 ó 10 horas, y el alumbrado ha de ser en todas direcciones, y su forma debe parecerse á las hoy usadas para que no choque á los mineros y pueda tener entre éstos buena acogida.

Las lámparas eléctricas construídas ó proyectadas para resolver tan difícil problema pueden clasificarse en dos grupos: lámparas de pilas y lámparas de acumuladores.

Las primeras no responden suficientemente á las condiciones económicas, y su entretenimiento es más complejo y su manejo más complicado que el de las segundas. Las lámparas de pilas no parecen llamadas á generalizarse.

No sucede lo mismo con las lámparas de acumuladores, pues casi no hay mina que no posea un motor de vapor, en cual caso la carga de aquéllas resulta un problema en extremo sencillo.

A título de ejemplo describiremos una lámpara de acumuladores para minas, que es la que consideramos mejor estudiada para responder á las múltiples condiciones que acabamos de enumerar, la de monsieur Carlos Pollak.

Los acumuladores empleados en esta lámpara son casi los mismos que la industria utiliza para el alumbrado: creemos que la mejor manera de describirlos será copiar las palabras por el mismo autor consignadas en una nota presentada á la Academia de Ciencias por M. Lippman en 17 de marzo de 1890.

«En mis estudios sobre los acumuladores del género Planté, he procurado dar á éstos una gran capacidad en el espacio de tiempo más corto posible. A este efecto, cubro las placas con plomo esponjoso obtenido por el método electrolítico, y para asegurar la adherencia perfecta entre ese plomo y la superficie de la placa, ésta ha sido fabricada de tal manera que parece un cepillo de pelo raso, lo que se consigue por medio de un laminado especial: las puntas tienen 2 milímetros de altura y 1 de base, y los intersticios entre las puntas son de 1 milímetro.

»La placa, después de lavada para quitarle toda materia grasienta, se cubre con una pasta compuesta de sulfato de plomo diluído en agua salada y sumergida en agua también salada entre dos láminas de cinc.

»Las placas reducidas presentan un aspecto uniformemente gris: la adherencia entre el plomo esponjoso y la superficie de las placas y de las puntas es perfecta.

»Después de convenientemente soldadas esas placas, se procede á la formación haciendo pasar la corriente en el mismo sentido durante 50 horas. Las caras negativas presentan un color agrisado y las positivas pardo obscuro. Terminada la formación, la adherencia de la materia activa (plomo esponjoso y peróxido de plomo) es tan grande que no se puede distinguir el punto en donde empieza la capa superpuesta.»

Un acumulador compuesto de nueve placas, cuatro positivas y cinco negativas, de un peso de 11'2 kilogramos, ha dado, después de una formación de 45 horas por una corriente de 16 amperes, una corriente de descarga de 18 amperes durante 5 horas 18 minutos, corriente mantenida constante haciendo variar la resistencia exterior. La fuerza electro-motriz que al comenzar era de 2'12 volts descendió á 1'8.

El mismo acumulador cargado durante 7 horas con una corriente de 16 amperes ha dado una descarga 102'35 amperes-hora, bajando la fuerza motriz de 2'2 volts á 1'8 y la intensidad de 17 á 16 amperes durante las 6 horas 20 minutos de la descarga. Estas cifras corresponden á una producción en cantidad de 91'4 por 100, á una capacidad de 9'13 amperes-hora por kilogramo de plomo y á un consumo de unos 3 volts por kilogramo de placas, cifras que pueden ser consideradas como las características medias de los acumuladores actualmente empleados como cosa corriente en la industria.

Veamos cómo han sido dispuestas estas placas de acumuladores para constituir una lámpara minera.

Una caja rectangular de ebonita contiene dos acumuladores sistema Pollak, y descansa sobre una base metálica. Una tapadera, también de ebonita, sirve de sustentáculo á una lámpara de incandescencia encerrada en un cilindro de cristal grueso El conjunto va cubierto de un capitel metálico ajustado por medio de pernos. Una hoja de caucho interpuesta entre la tapadera y la caja hace que el aparato quede herméticamente cerrado. La tapadera está atravesada por unas barritas de metal inoxidable que llevan en sus extremos inferiores unos contactos de platino C y D que se aplican á los contactos de platino de los acumuladores, y en sus extremos superiores unos resortes de los cuales uno está metálicamente unido con uno de los conductores de la lámpara. El otro conductor está aislado y puede ser puesto en contacto con uno de los polos del acumulador por medio de una aguja B que se introduce en un canal horizontal practicado en la tapadera.

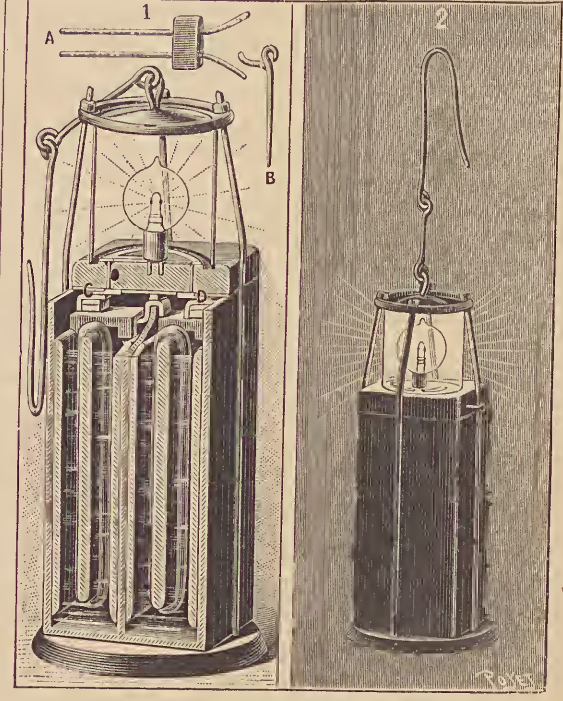
Como los contactos están situados en el interior de la caja y de la tapadera no es posible que se produzca una explosión abriendo ó cerrando la corriente, de suerte que la lámpara puede encenderse y apagarse en una atmósfera inflamable. Si se desmonta el aparato ó se rompe el cilindro protector de cristal, la lámpara se extingue porque la elasticidad del caucho rompe el contacto interiormente.

Puede cargarse la lámpara sin necesidad de desmontarla por medio de una horquilla A que se introduce en los dos canales practicados en la tapadera.

El modelo que representa nuestro grabado pesa unos 1.800 gramos y produce por término medio doce horas de una luz sensiblemente constante, cuya intensidad luminosa varía, según el grado de energía de la lámpara y el grado de avance de la descarga del acumulador, entre 0'5 y 0'8 de bujía.

Como cada lámpara encierra dos acumuladores en tensión cuya fuerza electro-motriz es de unos 4 volts, cuando las lámparas están agotadas se cargan por series de 20 lámparas en tensión montadas en derivación en una máquina de potencial constante de 100 volts. La carga se efectúa en 6 ú 8 horas con una corriente de 0'8 á 1 ampere.

Tales son las principales disposiciones de la lámpara de minas con acumuladores de M. Pollak: á juzgar por los resultados obtenidos hasta ahora, están bien comprendidas y estudiadas. Los experimentos que se hagan en gran escala indicarán las modi-



Lámpara eléctrica de acumuladores de M. Pollak para minas. – 1. Sección longitudinal. – 2. Vista de la lámpara en conjunto. – A, Horquilla de carga. – B, Clavija de alumbrado.

ficaciones que en el aparato habrán de introducirse para remediar ciertos defectos que escapan al examen más atento.

(De *La Nature*)

NUESTROS GRABADOS

Una desgracia, cuadro de D. José Jiménez Aranda. (Premiado con medalla de primera clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid 1890.) – La opinión pública se mostró unánime al juzgar el lienzo del señor Jiménez Aranda y el Jurado unánimemente aceptó el fallo de la opinión pública; y en verdad que pocas veces habrá procedido con más acierto ésta en emitir su parecer y aquél en otorgar su voto. *Una desgracia* es una obra verdaderamente digna de admiración: tiene grandísimo interés dramático el asunto, la distribución está perfectamente entendida, y en las figuras aparecen maravillosamente expresados todos los sentimientos que en una multitud despierta el suceso que sirve de motivo al cuadro, desde la curiosidad del niño que pugna por desasirse de su acompañante para ver qué ocurre, hasta el terror de la modistilla que se cubre el rostro como intentando desvanecer de su mente los horrores de la escena presenciada. Examínense uno por uno todos los tipos, estúdiese en todos sus aspectos el conjunto y á buen seguro que se encontrará en unos y otros un cúmulo de bellezas que no basta á destruir algún defectillo que en esta como en toda obra humana pueda notar algún crítico exigente.

El cuadro impresiona en alto grado sin recurrir al efecto de relumbrón: el buen acierto del artista en ocultar á la vista del espectador la figura de la víctima es, en nuestro concepto, una de las mejores cualidades de esta pintura, porque esta omisión aumenta el interés que el asunto inspira y quita á ésta la parte terrorífica que podría hacerle menos simpático.

Entre viejos in-folios, cuadro de Ed. Grussner. – Retirado en su tranquila celda después de cumplidos los deberes que la regla le impone, entrégase el anciano monje á su placer favorito, revolviendo voluminosos infolios envueltos en viejos pergaminos, extasiándose en el estudio de elevadas materias científicas ó filosóficas ó recreando su ánimo con entretenidas obras literarias.

En el momento en que nos lo presenta el distinguido pintor alemán, no parece su espíritu ocupado en la meditación de

grandes problemas; no es la expreción de su rostro la gravedad propia del que vive en regiones puramente especulativas; la sonrisa que contrae su bondadoso semblante es, por el contrario, indudable prueba de que en cosas menos altas, aunque no menos honestas, se ocupa el libro que cautiva su atención, y le hace á uno entrar en ganas de saber cuál sea éste para buscar en su lectura el mismo dulce goce que al buen fraile proporciona.

Por lo que toca al cuadro, bien puede calificarse de notable por todos conceptos: la figura del monje que casi por entero lo ocupa, está concebida con gran talento y ejecutada con toques verdaderos, vigorosos y sobrios como el asunto exige, y parejas con ella corren, bien que en más modesta esfera, todos los accesorios que llenan la celda y en los cuales ha sabido el artista imprimir todo el carácter que las condiciones de lugar y tiempo imponen.

El Divino Pastor, cuadro de Murillo existente en el Museo del Prado de Madrid, grabado por Baude. – Entre las más prodigiosas creaciones del eximio Murillo merece figurar el cuadro que es el encanto de cuantos visitan el Museo de Madrid, y un fragmento del cual reproduce por modo admirable el hermoso grabado del que tantas veces ha honrado con su firma las páginas de esta ILUSTRACIÓN.

Mírese como se quiera el busto del Divino Pastor, sólo perfecciones encontrará en él, así el aficionado como el crítico. Si en la técnica artística nos fijamos, ¡qué correción y elegancia en el dibujo! ¡cuánta verdad y armonía, cuánta brillantez en el colorido! Extasiados ante tanta belleza, pareceríanos imposible que el artista pudiera hacernos sentir más, si al fijarnos en la expresión del Divino Niño no encontráramos que por encima de todos los atractivos materiales sobresale esa hermosura del espíritu que sólo á los grandes genios es dado comunicar á sus pinturas.

El Divino Pastor no es la imagen de una criatura humana, sino que lleva estampado en su semblante el sello de la divinidad: en sus ojos, en su frente, en su misma apostura se reflejan la infinita sabiduría del que desciende á la tierra para predicar la más pura, la más grande, la más sencilla de las doctrinas; la fuerza y energía sobrenaturales del que sufre resignado crueles torturas é ignominiosa muerte sin exhalar una queja para que la voluntad de Dios se cumpla, y la inmensa bondad del que se hace hombre para redimir al mundo y en el supremo instante corona sus predicaciones pidiendo el perdón para sus verdugos.



GUILLERMO MAC KINLEY

Autor del *bill* de su nombre recientemente puesto en vigor en los Estados Unidos

Guillermo Mac Kinley. – Apenas conocido, hace poco tiempo, el nombre de Mac Kinley ocupa hoy la atención del mundo entero. Abogado, mayor, propietario, funcionario público y diputado, no pasaba de ser uno de esos políticos adocenados que logran hacer carrera meced á una conducta oportunista é interesada que sabe utilizar hábilmente todas las circunstancias de lugar y tiempo. La preponderancia del elemento republicano en el Congreso norte-americano ofreciéle ocasión propicia para adquirir notoriedad y ver realizado el ideal de sus opiniones en materias económicas y aun en las políticas; la aprobación del *bill* por él presentado es un paso gigantesco dado en la senda trazada por Monroe y constituye uno de los hechos más trascendentales en la economía política ocurridos.

Las naciones europeas han comprendido toda la gravedad que el caso reviste y se aperciben á la defensa de sus amenazados intereses; por fortuna para ellas, las elecciones últimamente verificadas en los Estados Unidos han dado gran mayoría á los demócratas, resultando derrotado el mismo Mac Kinley. No tardará, pues, en ser revocada la ley prohibicionista. Mr. Mac Kinley habrá podido juzgar de lo fugaz que es la gloria cuando sobre falsos ó absurdos fundamentos se asienta, y se habrá convencido de que ni por este camino América será para los americanos, ni es con disposiciones exageradas como ha de aumentar la prosperidad de un país que sin ellas ha llegado al verdadero colmo de ser un conflicto para el gobierno saldar los presupuestos con enormes sobrantes.

* * *

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN